



DAVID
TRUEBA

EL RÍO
BAJA
SUCIO

Siruela

D.J.57

EL RÍO BAJA SUCIO

DAVID TRUEBA

DAVID TRUEBA

EL RÍO
BAJA
SUCIO

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: octubre de 2019

En cubierta: fotografía de © Ana Zapico
El río baja sucio, © 2019 de David Trueba
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-17-8

Conversión a formato digital: María Belloso

*Para Violeta,
que pedía cuentos*

CAPÍTULO 1

SÁBADO DE PASIÓN

*Caminad mientras tenéis luz,
para que no os sorprendan las tinieblas,
pues el que camina en tinieblas
no sabe por dónde va.*

Seguro que eres de los que creen que saben cómo es un cadáver. Aunque jamás hayas visto la vida evaporarse de un cuerpo al morir. Seguro que eres de los que piensan que conocen la mirada de un asesino. Aunque jamás hayas cruzado tus ojos con los de uno. Seguro que eres de los convencidos de que distinguirían entre mil a aquel que un día le quitó la vida a otro. Yo también era como tú no hace demasiado tiempo, cinco, seis años atrás, cuando sucedió lo que te voy a contar. Ahora tengo diecinueve años y ya no soy del todo aquel niño de casi catorce. Entonces había visto como tú demasiadas películas de crímenes, demasiados asesinos de novela, demasiados cadáveres de ficción. Y creía que todo aquello tenía algo que ver con lo real. No conocía aún a Ros, no sabía nada de su vida, no intuía lo mucho que cambiaría mi forma de mirar el mundo el hecho azaroso de cruzarme con él durante aquellas vacaciones de Semana Santa.

Todo empezó con una taza de váter en mitad del río. Pobre río. A aquello se veía reducido el paso por la ribera más cercana a nuestras casas en la sierra. La Navilla era el nombre oficial del lugar, pero nosotros lo conocíamos como La Chopera. Era una colonia de segundas residencias que nació hace cincuenta años, no más, cuando se impuso la idea del veraneo, de la salida de fin de semana. Al menos así lo explicaban los mayores, la generación de mi madre. Ellos fueron los primeros niños que colonizaron aquel lugar para sus vacaciones. Fue en el momento en que dejó de ser un pimpollar de pinos jóvenes que explotaba una resinera para convertirse en un rincón de evasión. Se llenó de viviendas modestas, algunas construidas por los dueños sin demasiado tino ni gusto. Casas de ladrillo y teja, cemento barato y uralita, que se bautizaban con letreros vistosos en la fachada: La Ponderosa, Mansión Tara, Villa Merceditas, La Casona, Los Abetos.

Si alguna vez tuvieras interés en dar con la colonia, que sepas que está a solo una hora de Madrid. Te basta con seguir la carretera que corona el puerto de la Cruz Verde en dirección a Ávila. Encontrarás un letrero que señala el desvío hacia el pueblo de Pinares de San José, pero antes de llegar a él, aún en el valle, verás nacer una carretera de tierra camino de La Navilla. Dicen que el río marca la frontera entre Madrid y la provincia de Ávila. Así que podrías pensar que es un río respetado, conocido por todos gracias a su categoría de frontera natural,

pero no te engañes. Pese a que el curso del agua es vivo incluso en verano, está contaminado desde hace años y ya casi nadie baja a pasear por allí, aún menos a pescar o a nadar. En verano apesta a la mierda que arrojaban desde un afluyente las vaquerías y el polígono industrial de Las Navas del Marqués. Los desagües de una cantera cercana han terminado de arruinar su antiguo esplendor.

Yo estaba a punto de cumplir catorce años y en los días de abril, recién comenzadas las vacaciones de Semana Santa, la pequeña cascada de la poza que antes fue de baño aún se mostraba ruidosa y alegre. Parecía ignorar cómo la montaña era devorada poco a poco por los mordiscos de la cantera activa. El paseo entre los chopos, con las hojas recién brotadas que movía el viento como si fueran adornos de papel y el cascabel del agua del río, nos seguía convocando a esos ratos de juegos con tu mejor amigo.

El mío se llamaba Martín. Él a mí me llamaba Tom, aunque para el resto yo era Tomás. Me gustaba oírle decirme Tom. Lo hacía con esa seguridad con la que hacía todo, como si en vez de tener mi edad, apenas unos meses más, Martín tuviera treinta años. Tom, me dijo, vamos a coger esa taza de váter, nos puede servir. A él no le gustaba jugar al balón, que era a lo que yo me dedicaba horas y horas. Prefería grabar vídeos cachondos con el móvil. Aspiraba a convertirse en alguien popular en las redes, ser como su ídolo, Cactus14, que cuentan que gana más de un millón de euros al año por colgar sus paridas, sus bromas, sus partidas de videojuegos en la red.

Alcanzamos el inodoro y lo arrastramos hasta la hierba. Martín tuvo la idea. Plantamos la taza en el sendero de tierra y lo grabamos con el móvil, en fragmentos breves. La desplazábamos un poco cada vez para lograr el efecto de verla avanzar, como si nos persiguiera. Cualquier título servía. El váter endemoniado. El váter asesino. El váter infernal. Luego nos grabamos huyendo de la taza. Nuestro plano consistía en mostrarnos como perseguidos aterrorizados. Más tarde lo montaríamos todo en el ordenador de Gaspar, le añadiríamos música. El efecto será genial, prometía Martín, pon más cara de miedo.

Nos parecía divertido mostrar a dos chavales correr por la sierra perseguidos por una taza de váter amenazante. Porque todos le tenemos un miedo atroz desde niños a la taza del váter. Como si fuera la boca que amenaza tragarnos hacia un mundo oculto y desconocido. Es el primer terror infantil, cuando somos tan pequeños y el inodoro es tan grande y emboca a lo oscuro. A la grabación le dedicamos un par de horas. Luego dejamos el inodoro tirado por allá. No lo devolvimos al río, lo respetábamos demasiado. Nunca lo trataríamos como los

demás, que lo usaban de alcantarilla local. Recuperamos las bicis y emprendimos la subida de la cuesta.

Nos gustaba espiar cerca de la cantera, mirar la tarea infinita de las excavadoras y los camiones. Era la segunda afrenta al lugar, el definitivo insulto. Nuestro paraíso de vacaciones se había convertido en un basural. Eso decía mi madre, y puede que por eso estuviera decidida a vaciar la casa durante las vacaciones y ponerla a la venta. Desde el día anterior, cuando llegamos y Martín vino a buscarme para sacar las bicis, había tenido la sensación de despedida. De que aquellos serían nuestros últimos días juntos, de que en esa semana, más que santa, maldita, terminaría nuestra amistad de veranos y vacaciones. Pronto ya no volveríamos a vernos y Martín para mí y yo para Martín pasaríamos a ser tan solo un recuerdo desvaído de la infancia.

Cerca de la cantera, el camino entre piedras y zarzales, junto a las jaras y el tomillo, se volvía impracticable para las bicis. Además, se me había salido la cadena y le pegué una patada de impotencia a la rueda trasera. ¿Otra vez la cadena?, preguntó Martín mientras se bajaba de su bici. La suya era roja, la mía era verde, ambas con ruedas de tacos, preparadas para los caminos de tierra. A mí no me gustaba ir en bici, pero a Martín sí. Las empujamos a pie, como jinetes desmontados. Así nos sentíamos en La Chopera, forajidos de una vieja película del Oeste, en pleno uso de una libertad que solo suspendíamos para ir a comer y cenar a nuestras casas.

¿Erais vosotros los de los gritos? La voz nos sorprendió. Demasiado cercana para no haber percibido antes la presencia. Se refería seguro a los gritos que habíamos soltado al correr por el sendero junto al río, perseguidos por el inodoro asesino. Martín y yo nos sonreímos. No le íbamos a contar nuestro proyecto de cortometraje de terror a un desconocido. Estábamos grabando una chorrada, dijo Martín.

¿Hacéis películas? Nos encogimos de hombros y él vino a nuestro encuentro. Tendría unos cincuenta años, no era demasiado alto, pero sí robusto. Pese al frío, la manga corta dejaba entrever los antebrazos tensos. La barba le manchaba la cara surcada de líneas duras, la piel parecía irrompible. Se frotó las manos de uñas sucias en el pantalón de trabajo antes de agacharse a mirar la cadena de mi bici, fugada del engranaje. Con un dedo la levantó en el aire. ¿Ves la holgura?

Pero nosotros estábamos más interesados en estudiarlo a él. Se puso de pie y volvió a pasarse las manos por los pantalones de faena. En la derecha, entre el dorso y la muñeca, asomaba un alacrán tatuado, con el aguijón alzado al final de la cola. La tinta negra estaba algo corrida y gastada por el tiempo, pero aún se

reconocía al bicho amenazante.

Traedla a casa y la recortamos, si no se te va a estar saliendo todo el rato. Recuperó una garrafa del suelo que no habíamos visto antes. Debía de haberla ido a llenar a la fuente de abajo, donde el agua era pura y fluía constante por un caño de hierro. Echó a andar y entendimos que se dirigía a Los Rosales. ¿Vivía allí? Y aunque estábamos aleccionados por la monserga temerosa de nuestras madres, le seguimos. Era mayor nuestra curiosidad por entrar en Los Rosales que toda prevención ante los extraños.

En la ladera del monte que miraba hacia la parte urbanizada de la colonia, se alzaba esa casa solitaria y poderosa que llamaban Los Rosales. La valla estaba trenzada con rosales salvajes y descuidados que echaban flores a destiempo. Aparecían rosas en pleno invierno, como regalos inesperados, brotes libres entre las espigas. La casa llevaba años abandonada. Para nosotros siempre lo había estado, porque no recordábamos la última época en que fue habitada. Todo el mundo conocía Los Rosales. La casa era la referencia en el camino hacia la estación de tren: antes de llegar a Los Rosales, a la altura Los Rosales, más allá de Los Rosales, decían. Como si Los Rosales fuera un elemento natural del paisaje.

No tardó demasiado en arreglar la cadena. La apoyó sobre una roca y con el martillo y el destornillador le birló una cuenta como quien acorta una pulsera. Era hábil y fuerte y devolvió el martillo al cinturón con una floritura de pistolero, haciéndolo girar alrededor de su dedo. Tengo que seguir con lo mío, dijo después.

Habíamos empleado el rato en mirar alrededor, en estudiar la finca. El caserón de dos pisos estaba guardado por un porche y en la construcción de piedra se dibujaban las arterias de cemento. Era evidente que el tipo que nos había salido al paso llevaba algunos días atareado en limpiar el jardín. Nos tendió la mano terminada en el cerco negro de sus uñas recortadas, quizá mordidas. Me llaman Ros.

Así se presentó. Dijimos nuestros nombres. Martín. Tomás. Sus dedos poderosos estrecharon los nuestros. También nuestras manos estaban manchadas de grasa de la cadena de la bici. Para limpiar esa grasa, cogéis el jabón de fregar y os frotáis también con arena del suelo. Si no, no sale.

¿Ha comprado la casa? Martín demostró su valentía al hacerle la pregunta, así, directa. Ros no parecía de esas personas que responden a las preguntas de los demás.

Esta casa es de mi familia. Solo dijo eso.

Emprendimos el camino de vuelta y bajamos el remonte. No recuerdo si hablamos entre nosotros ni si Martín fantaseó con la personalidad de Ros. Solía hacerlo con todo. Inventaba aderezos que engrandecían nuestras vulgares rutinas. Cómo admiraba a Martín por eso. Era un signo de personalidad. Lo real no le bastaba. La alegría de recibir un mensaje suyo en el móvil durante el curso anticipaba además que me reiría con sus ocurrencias o sus disparates. Y yo me esmeraba en contestar, pero ahora, en la distancia, sé que me costaba tanto dar con algo bueno que escribirle porque no me consideraba a su altura. En sus hombros, en su forma de mirar, reposaba la promesa de un futuro hombre que yo no alcanzaba a vislumbrar en mí. ¿Qué me faltaba para ser como él? Me consideraba un chico despierto, pero a ratos me reconocía débil y sabía que los demás lo detectaban. Mi padre me lo decía a veces, cuando me echaba a llorar al mínimo roce o desplante. Eres como tu madre, no se os puede decir nada. Incluso algunos en clase o en el equipo de fútbol me mortificaban por ello. Nenaza, Tomasa, y solo me ganaba su aprecio cuando llevaba la pelota en los pies, por la destreza durante el juego. Entonces sentía algo de lo que debía de sentir Martín a cada instante, el respeto de los demás.

Cuando nos lavábamos con la manguera en la entrada del chalet de Martín, mientras frotábamos la espuma de jabón con la arena, entró Gaspar cargado con la leña. ¿Qué hacéis, zascandiles? Nos hablaba así, con palabras burlonas y una simpatía contagiosa, mitad redicho, mitad amable. Frotamos con arena para que se vaya la grasa. Y a la explicación de Martín respondió con un balanceo de cabeza, que asomaba de los leños que sostenía contra el pecho. ¿De dónde sacaréis esas ideas de casquero?

Gaspar se perdió hacia el interior de la casa. Yolanda, la madre de Martín, salía con él desde hacía cuatro años. El padre de Martín había muerto cuando nosotros éramos pequeños. Tuvo una enfermedad rara y, según mi madre, Yolanda perdió entonces la alegría en la mirada. Los ojos negros de Yolanda quizá no eran ya alegres, pero no dejaban de ser inteligentes, de una profundidad intrigante. Hay gente que mira así, como si supiera más del mundo que los demás. Yolanda daba clase de Dibujo en un instituto y en La Chopera se escapaba algunas mañanas a pintar paisajes con su caballete y sus óleos. Si te sonreía, aunque fuera de lejos, notabas una especie de caricia en la mejilla.

Gaspar era algo más joven que Yolanda. Hablaba mucho más que ella. Hablaba más que nadie en los contornos. No había nadie que hablara tanto como él entre las seis o siete familias con las que mi madre se saludaba en la colonia.

Aunque ella solo consideraba amiga de verdad a Yolanda. Mi madre y ella se conocían desde la infancia, habían formado parte de la misma pandilla cuando aquel rincón de la sierra aún era un idílico paraje de pocas casitas modestas, pinares espesos y un río entonces hermoso y radiante.

Antes de que todo se fuera a la mierda, como decía mi madre. Pero yo creo que mi madre exageraba. Sus opiniones estaban teñidas de tristeza desde la separación de los últimos meses. Hacía casi un año que mi padre dejó nuestro piso cerca de Atocha, yo me quedé con mi madre y él venía a recogerme para llevarme a los partidos y a entrenar al club. Le gustaba ese ambiente de padres sabihondos que hablaban de fútbol sin haber pegado más que patadas imaginarias al balón desde el sofá frente a la tele. Mi madre conservaba el trabajo de administrativa en una gestoría. No le gustaba, pero eso la mantenía ocupada hasta mitad de la tarde.

Mi madre había decidido vaciar nuestra casa de La Chopera y ponerla en venta, pese a mi débil resistencia. Para mí significaba renunciar a pasar allí alguna temporada de vacaciones junto a Martín. Pero le seguirás viendo, me decía mi madre, le invitaremos a casa, si con los móviles ahora ya no se pierde a los amigos como los perdíamos antes. Y, además, ya ni siquiera podemos venir los fines de semana porque siempre tienes partidos. Puede que yo fuera el único que no se engañaba, que sabía que eso no iba a ocurrir. Nada sería igual si vendíamos la casa. Por eso aquellas vacaciones de Semana Santa no podían desprenderse del sabor a últimas.

Entramos en la casa para devolver el jabón al fregadero. Yolanda reprendía a la hermana de Martín. Lucía, no has salido de casa en toda la mañana. Tienes que aprovechar estos días, que te dé un poco el aire. Pero Lucía, aún en pijama, levantó los pies para apoyarlos sobre la piedra de la chimenea. Tenía diecinueve años recién cumplidos y dominaba la prodigiosa capacidad de hacer cuatro cosas a la vez. Ver una serie en el ordenador, repasar los apuntes de clase, pintarse las uñas de los pies y escribir mensajes en el móvil. Todos afanes muy lejanos de los beneficios del aire puro y los paseos por la sierra que le recomendaba su madre.

Gaspar nos explicó que en nuestra época había tantos miopes por culpa de los móviles. En la ciudad nunca se ve el horizonte ni se alcanza a mirar la lejanía, vivimos delante de pantallitas. Os pasáis el día mirando aquí, y levantó la palma de la mano bien pegada a sus ojos. Por eso sois cortos de vista.

Nadie hacía demasiado caso a Gaspar, pero Martín y yo le seguíamos el rollo porque nos prestaba su Mac portátil para montar los vídeos que grabábamos con el móvil. Teníamos pendiente una escena con Lucía de actriz, pero ella se

negaba. El día antes de que yo llegara se había peleado con su hermano y ni le hablaba. Si me preguntas a mí, creo que ella tenía sus razones, la verdad, para estar enfadada.

Yolanda no daba tantos discursos como su novio Gaspar. Era más directa. Me pidió que avisara a mi madre para comer todos juntos. Eso me alegró tanto que le devolví una sonrisa estúpida. Nuestra casa no quedaba a más de cinco minutos de allí.

Encontré a mi madre en la terraza, fumaba un cigarrillo y trataba de organizarse para empezar a desmontar la casa. En el filtro blanco quedaba el cerco de su pintalabios. No me gustaba que se pintara y menos cuando el rojo de los labios se diluía por zonas, hasta parecer una pared gastada. A veces se remarcaba los ojos con una línea y se oscurecía el párpado. Yolanda no se maquillaba y si lo hacía no se le notaba tanto. Nunca le he dicho a mi madre que eso no me gusta, creo que se sentiría herida.

Nos acomodamos todos juntos en el salón de casa de Martín. Comimos las sobras del día anterior. Mi madre trajo unas latas de cerveza. Dijo que llevaban lo menos dos años en la nevera. Mira a ver si están caducadas. Lucía levantó una lata en el aire y buscó la fecha. Pero antes de que dijera nada, Martín soltó la gran novedad. Hay gente en Los Rosales.

Imaginé que aquella información resonaría como un trueno en la mesa, pero Yolanda se limitó a cambiar el gesto. Sí, ya me han dicho. Luego Gaspar, que era el menos familiarizado con el lugar, preguntó si Los Rosales era la casa solitaria que quedaba en la ladera del monte al otro lado de la cantera. Sí, es esa.

No quiero que os acerquéis por allí, ¿vale? La advertencia de Yolanda sonó más a ruego. ¿Por qué?, preguntamos. La madre murió, pero ha vuelto el hijo. Ha estado en la cárcel mucho tiempo. Ese detalle provocó el silencio general y un cruce de miradas. Hasta Lucía prestó atención. Pero Yolanda no añadió nada. Claro, la cárcel, eso era lo que daba esa rara dureza al aspecto de Ros.

Bueno, no estigmaticemos, dijo por fin Gaspar. ¿Qué significa estigmatizar? Gaspar se volvió hacia mí. ¿Sabes cuando se marca a alguien? Por ejemplo, a los animales se los marca con un hierro candente para que todos sepan de qué cuadra son. Es como una huella visible para todos. ¿Como un tatuaje? Exacto. El estigma es la marca que te define. Y a la gente no nos puede definir una sola cosa por llamativa que sea, terminó de explicar con su cháchara.

Creo que Yolanda se dio por aludida con el comentario crítico de Gaspar. ¿Acaso ella marcaba a Ros para siempre por culpa de su paso por la cárcel?

Insistió en que ni se nos ocurriera andar por Los Rosales, aquel lugar está demasiado solitario y la cantera es peligrosa, tanto camión de aquí para allá. Miró a Martín y luego a mí. El que ha vuelto es el hijo. Después de la muerte de su madre, estuvo en la cárcel por matar a alguien. Es un mal tipo.

Sostuvimos la mirada de Yolanda y le aseguramos que no nos acercáramos por allí. Es fácil engañar a las madres cuando ellas quieren ser engañadas.

A Martín le habían castigado sin móvil durante todas las vacaciones. Por eso no se pasaba el rato conversando en la distancia con sus amigos de clase. Y utilizábamos mi teléfono para cada grabación que se nos ocurría. Despidete del móvil durante una buena temporada, le dijo su hermana Lucía, que era más dura que Yolanda cuando se trataba de reprender a Martín. A veces tenía ese autoritarismo de hermana mayor. Aunque vuelvo a repetirlo, esta vez su enfado estaba justificado.

Martín tardó en explicármelo. El día que llegaron a la casa de la sierra, él se las ingenió para camuflar su móvil dentro de la lámpara del techo del cuarto de su hermana. En la esfera de cristal hizo coincidir la abertura inferior con el ojo de la cámara del teléfono. Desde el techo grabaría a su hermana cuando se cambiara de ropa. En el momento en que ella se fue al cuarto, Martín ya había dejado el móvil instalado y en modo grabación. Lo que no supo anticipar es que su hermana al quitarse el sujetador alzaría la cabeza y descubriría la trampa. Según Martín, los gritos de ella se escucharon por toda la comarca. Mamá, mamá, ven a ver esto. Martín huyó de casa y tardó en regresar. Pero eso no le libró del castigo cuando se atrevió a reaparecer.

Me sonó ridículo que quisiera grabar a su hermana desnuda. Tienes páginas en internet donde puedes ver todas las tetas y culos que quieras. ¿Para qué correr el riesgo? Pero Martín se sacudió las explicaciones de encima como quien espanta una mosca molesta. No disimules, Tom, sabes perfectamente que la culpa es tuya. Aquello me dejó mudo.

Te preguntarás a qué venía eso de decir que la culpa era mía, ¿verdad? Muy sencillo. En Navidades, en una de esas tardes en que hablas más de la cuenta, cuando remontábamos el río hasta la poza que queda por encima de la parte contaminada, le conté a Martín lo de la separación de mis padres. Era una catástrofe aplazada desde hacía tiempo, pero mi madre se había atrevido esta vez a plantearle el definitivo ultimátum a mi padre. Le pidió que se marchara de casa y aunque él se atrincheró en una negociación callada como hacía siempre, un día se fue. No se llevó apenas nada y me explicó en el primer fin de semana que vino a recogerme que aquello era algo pasajero. Será solo una temporada, ya conoces a

tu madre, se le pasará.

En los primeros meses de separación, mi padre se acostumbró a presentarse de improviso en nuestro piso. Yo percibía el espanto de mi madre cuando escuchaba las llaves en la cerradura. Mi padre entraba y soltaba sus excusas. Vengo a coger algo de ropa, alguna herramienta, ¿qué tal todo? Entraba en mi cuarto con la misma recreada parsimonia y me preguntaba por el cole, los deberes, los entrenamientos.

Lo peor no era eso, lo peor eran los ratos en que desde mi cuarto los escuchaba discutir. Mi padre la acosaba en la cocina o en el dormitorio, háblame, di algo, y le dejaba caer recriminaciones que mi madre no era capaz de combatir. A veces, la escalada llegaba a lo hiriente, incluso entre gritos, y tomé la costumbre de dejar mi móvil asomado en el borde de los armarios superiores de la cocina, para grabar hacia el suelo todo lo que sucedía. Estaba convencido de que mi padre, algún día, iría más allá de los desprecios y el desafío insultante y se atrevería a pegar a mi madre, frustrado quizá por la pasividad aterrada de ella. Cuando le hablé de aquello a Martín, me miró sin saber qué decir. Y si un día le toca un pelo, lo tendré grabado, y te juro que le denuncio, aunque sea mi padre, le dije.

Así que ya sabes de dónde le vino la idea de las grabaciones furtivas que le costaron ser castigado sin móvil. Lo curioso es que Martín solo me preguntó por mis padres cuando le anuncié que mi madre pensaba vender la casa. ¿Así que entonces lo de la separación va en serio?, me interrogó. ¿Y tu padre ha dejado de molestarla? Más o menos.

Mi madre nunca se atrevió a cambiar la cerradura de casa como yo le aconsejé, pero mi padre, después de los primeros meses de acoso, dejó de venir de improviso y cuando me recogía para llevarme al fútbol esperaba en el portal, sin subir. La nueva fase consistía en no verse. Mi madre no venía a los partidos. Prefiero dejarle ese espacio a tu padre, me explicaba, y luego me rogaba que le contara cómo había ido el partido, si yo había jugado bien, si había marcado algún gol.

Mi madre se mostraba herida y temerosa. En la época en que yo revisaba las grabaciones de sus disputas, la oía susurrar y rogar a mi padre que bajara la voz. Era lo que más veces le pedía, incapaz de rebatirle o decir sin miedo lo que sentía por dentro. Mi madre era detallista y alegre, pero en los últimos tiempos andaba nublada y esquiva. A los abuelos jamás les contó nada. Todo bien, respondía si le preguntaban por mi padre.

Pese a que Lucía seguía enfadada con su hermano, logré convencerla para

grabar con nosotros la escena que habíamos planeado. Cuando nos instalamos en su cuarto para grabar el vídeo, me fijé en la lámpara del techo y pensé que Martín era un loco imprudente. El móvil escondido allí no quedaba a más de un brazo de distancia de Lucía puesta en pie. Pensé que si mi padre hubiera localizado mi móvil cuando los espiaba no me habría impuesto un castigo, tampoco creo que me hubiera pegado. No sé, quizá se hubiera alzado entre nosotros una barrera definitiva. La misma que él a veces trataba de derribar con palabras sentidas: no sé lo que te contará tu madre de mí, pero nunca habrá nadie en el mundo que os quiera a los dos más de lo que yo os quiero. Yo prefería no responderle nada. Había decidido no participar en ese juego de hacerse sufrir el uno al otro.

Lucía se cachondeaba de nosotros. Venga, Tarantino, prepara la cámara que ya estoy lista para que me queméis la cara. No íbamos a quemarle la cara de verdad, claro. Habíamos preparado un postizo con un trozo de chapa y una tirita. Se pegaba a la mejilla y cuando yo acercaba el cigarrillo encendido, la idea era que pareciera que le quemábamos la cara aunque en realidad la brasa chocaba con el trozo de metal. Nos llevó tanto rato simular el tono de piel como convencerla para grabar. Lucía era a menudo colaboradora y maja, pero ella decidía cuándo y cómo. Le explicamos que Cactus14 también colgaba parodias de escenas de películas. Si por mí fuera, al Cactus14 ese le podrían meter un petardo en el culo y hacerlo desaparecer en cachitos por el hiperespacio, nos dijo.

Martín grababa la escena, pero cuando le acerqué el cigarrillo a la cara, Lucía me apartó la mano y se arrancó de cuajo el postizo. Que no, que no lo hago, que no me atrevo. Pero Lucía, si es un efecto especial, de verdad que funciona, protestamos nosotros. Vosotros sí que sois un defecto especial y nos echó de su cuarto a empellones.

Nuestra idea era recopilar métodos de tortura para colgar en la página de Martín. Pero Lucía arruinó el primero y hacía demasiado frío para ponernos a grabar el falso ahogamiento en bañera. Suspendida la grabación, jugamos un rato en el ordenador de Gaspar y luego fuimos a ver si seguía en pie la cabaña que teníamos en la ladera que bajaba hacia el río. Estaba hecha con ramas apiladas en la oquedad de un enebro. En el suelo habíamos enterrado tiempo atrás un viejo microondas con la puerta hacia arriba. Disimulado bajo un falso suelo de tejas de pizarra, era nuestro cofre secreto y dentro guardábamos una navaja y dos rodamientos mal engrasados. Nos gustaba abrir la navaja y pasárnosla de mano en mano, entre otras cosas porque Yolanda nos prohibía de manera estricta jugar

con armas y así sentíamos la dulce excitación de transgredir las normas.

Hacía frío, pero aguantábamos allí con los abrigos. Martín propuso que hiciéramos una pequeña fogata para calentarnos. Agitó las cerillas. A veces se fumaba un cigarrillo seco que sacaba de una cajetilla escondida. En aquella parte del monte, los dos lo sabíamos, una chispa podía extenderse rápido por la pinaza y provocar el incendio de toda la zona. El año anterior, un vecino anciano se había empeñado en quemar varios nidos de procesionaria y el fuego había prendido en las jaras. Hubo que formar una cadena de cubos de agua para limitar los daños. Me fastidiaba tener que ser yo el que dijera siempre que no a esas ideas imprudentes de Martín.

Tratamos de imaginar nuevos vídeos que fueran divertidos de rodar. Martín propuso grabarme mientras dominaba el balón. Me dijo que yo podía batir el récord de toques sin que la pelota tocara el suelo. Supongo que era una muestra de su admiración por mi destreza con el balón. Ignoraba que un chico cubano había conseguido estar algo más de tres horas pegándole a la pelota sin que cayera de sus pies. Yo ni me acercaba a esas marcas, pero no dije nada.

Cuando la tarde caía y la humedad comenzaba a hacerse insoportable escuchamos pasos fuera. En la época en que jugábamos a diario en la cabaña, un pasatiempo que ahora nos parecía algo infantil, colocábamos unas latas atadas a un cordel para advertirnos de la llegada de intrusos. Esta tarde nos bastó con el crujir de una piña bajo un zapato. Terminamos de cubrir el microondas enterrado y nos volvimos para ver el flequillo de Gaspar asomar por entre las ramas. Estamos dando un paseo, ¿os apetece venir?

Fuera estaban Yolanda y mi madre, junto al camino. Nos unimos a ellos. Lucía se había quedado en casa. Gaspar solía elogiar nuestra cabaña. Contaba que los grandes arquitectos aprendían de los nidos de pájaros. Algunos hasta habían imitado esas estructuras para levantar estadios de fútbol. El mérito de los pájaros estaba en hacerlo con el pico, sin maquinaria, y con ramas perfectamente ensambladas. Fabricados, además, por las hembras de pájaro, detalle que a mi madre le encantaba escuchar en boca de Gaspar. Pero aquel día no nos soltó la matraca esa de los nidos, sino que bromeó con que nos había pillado con las manos en la masa. Empezó a soltar indirectas de que si andábamos haciéndonos pajas. Él no lo decía así, pero se le entendía.

Martín y yo nos adelantamos algunos pasos para no tener que aguantar las risillas bobas de los tres. Al frente quedaba la vista de Los Rosales y, al lado, la cantera. Esto ya no volverá a ser lo que era, dijo mi madre. Entre el río contaminado, la cantera y las casas horrendas que habían perpetrado algunos

vecinos, a mi madre la deprimía la degradación del lugar. Por eso no me da tanta pena vender la casa, les dijo a los otros.

Pero Yolanda se aferraba al placer de disfrutar del campo a menos de una hora de la ciudad, de poder escaparse allí y relajarse entre la naturaleza. Contó que había planes para recuperar el río. Estaba más unida al lugar que mi madre. No solo porque le gustara pintar sus cuadros por allí, de tanto en tanto traía a sus padres, ya muy mayores, a pasar algunos días. Mi madre no se llevaba demasiado bien con su padre, que era el que había construido la casa. Pasó muchos años sin venir a la sierra en los veranos y fines de semana. Cuando a mi abuela le falló la cadera y apenas podía caminar, dejaron de venir y entonces fue mi madre quien se interesó por la casa. De pronto le pareció un buen recurso para sacarme de la ciudad. Ella había pasado mucho tiempo de niña y adolescente por allí y quería lo mismo para mí. Con mi padre hizo algunas reformas para adecuarla, aunque la casa no tenía ni la condición ni las comodidades de la de Yolanda. Bastaba con ver el mobiliario para entender que Yolanda valoraba la casa en la sierra, no así mi madre, que la usaba de almacén de ropa y trastos que se iban quedando viejos.

Yolanda insistía en las posibilidades de recuperar el río, pero señaló hacia la montaña de la cantera y dijo que todo ese terreno estaba expropiado, incluida la casa de Los Rosales. La palabra nos intrigó y Martín preguntó por lo que quería decir. ¿Expropiado? Uf, Gaspar soltó un suspiro cuando le tocó explicarlo. A veces el Estado tiene un proyecto que obliga a transformar un lugar. Imaginaos que para hacer una carretera o una vía del tren tiene que derribar casas de gente. Les paga una cantidad en concepto de indemnización, pero están obligados a irse. Martín reaccionó con indignación, yo creo que pensaba en Ros cuando dijo que aquello le parecía una injusticia total. No, no, no es una injusticia, precisó Gaspar, se hace por un interés colectivo, por un bien común. Yolanda sonrió al ver a Martín replicar de nuevo, con la indignación de un adulto. Nadie puede obligarte a renunciar a algo que es tuyo. Si la casa fuera tuya, ¿qué dirías?, desafió a Gaspar.

A ver, las cosas hay que mirarlas desde todos los puntos de vista, se esforzó Gaspar por hacerse entender. Si tuvieras que respetar siempre la propiedad privada sería imposible levantar un hospital, agrandar una autopista, hacer un aeropuerto, una estación de tren, cosas que van en beneficio de la comunidad. ¿No lo entiendes? Y a la gente se le indemniza de acuerdo con el precio de mercado, nadie los engaña. Martín no dijo nada, pero masticó una cierta resistencia. Aquello no le convencía del todo.

Mi madre tenía frío, envuelta en la rebeca de lana se abrazaba los hombros. Al llegar al desvío que iba hacia nuestra casa nos despedimos de ellos. Martín se fue caminando al lado de Yolanda y Gaspar. Lucía los esperaba en casa. De pronto, me parecieron una familia infinitamente más feliz y más plena que la mía. Me vi al lado de mi madre, algo desprotegidos los dos. Puede que contribuyera el atardecer frío a esa sensación de desamparo.

Teníamos una tele de tan pocas pulgadas que me puse a ver el concurso de cantantes que emitían sin distinguir las caras de los participantes diminutos. Mi madre se peleaba con la chimenea. Se le había apagado tres veces después de un inicio llameante. Enfadada, rodeó los troncos de un montón de pastillas inflamables blancas que al prenderse dejaron en el saloncito un olor alquitranado insufrible. Qué mierda, abro un poquitín para que se vaya este olor, y por la rendija de la ventana que abrió mi madre entró el frío de la noche.

Cuando me metí en la cama, mi madre puso entre las sábanas una botella de plástico llena de agua caliente. Me la acercó a los pies. Luego me frotó las piernas con su mano blanquísima en la que se transparentaban las venas violeta y los huesecillos finos de los dedos. Me apartó el móvil de la mesilla. No conviene tenerlo cerca de la cabeza, por las radiaciones, me explicó. Tengo que levantarme temprano, le dije. Estás de vacaciones, aprovecha para dormir.

Antes de que saliera quise preguntarle si estaba segura de que vender la casa era buena idea. Pero ya otras veces me había dicho que necesitábamos el dinero. Y volvía a insistirme en que podría seguir viendo a Martín. Pero hay amistades que están asociadas a un lugar. Como los amigos del equipo de fútbol o los del colegio, que están unidos a esos sitios. Al acabar la temporada yo iba a cambiarme de club, me despediría de mis compañeros de equipo y nos perderíamos la pista, por más que nos prometiéramos seguir en contacto a través del móvil. Con Martín sucedería igual. En la sierra éramos íntimos. En la ciudad, extraños. Cuando te separas físicamente de las personas, terminas por separarte del todo. Desde que mi padre no vivía con nosotros era fácil irlo borrando de todas las escenas cotidianas, dejar de compartir las conversaciones. Martín y yo perderíamos los paseos por los pinares, el río, la cabaña. Yo ya no me subiría ansioso al coche de mi madre a la espera de llegar a la sierra para verle y estar juntos a jornada completa. Aquella idea de despedirnos para siempre al final de la Semana Santa me angustiaba. Algo tenía que pasar, cualquier cosa tenía que suceder que cambiara el destino. No podía permitir que Martín se borrara de mi vida.

CAPÍTULO 2

DOMINGO DE RAMOS

*El que recibe
a quien yo envío
me recibe a mí.
El que me recibe a mí
recibe a quien me envía.*

No hizo falta que Martín y yo lo discutiéramos antes. Nos llevaron las pedaladas sin debate. De buena mañana, ya estábamos apostados entre los enebros y las jaras, al acecho de la actividad de Ros en el jardín de su casa. Para escondernos mejor, aprovechamos la hondonada que dicen que dejó una bomba de la guerra muchos años antes. Por entre la alambrada, le veíamos ir y venir. Sacaba objetos de la casona de piedra y más tarde con el rastrillo desbrozaba el suelo de maleza. Había encendido una hoguera al fondo de la finca y las llamas crecían en cada uno de sus viajes para tirar restos al fuego. Bajo el sol frío nos entretenía la faena de Ros, al que no podíamos asociar con labores vulgares de limpieza y rastrillado, sino que en cada trasiego le imaginábamos alimentar algún misterio apasionante, destruir pruebas de algún crimen sin resolver.

No nos atrevíamos a acercarnos más allá del guarecido mirador entre las ramas. Lo vimos sentarse un rato en los escalones de piedra del porche y prender un cigarrillo con una ramita acercada al fuego. De tanto en tanto, por el camino de acceso a la cantera que estaba situado algo por encima de su casa pasaba un camión que rompía la quietud solitaria del lugar.

Bajamos hacia el río cuando nos fatigó la monotonía del espionaje. De subida era un camino empinado que teníamos que hacer a pie, pero la bajada era divertida. Martín se lanzaba con los pies levantados de los pedales mientras esquivaba a golpes de manillar los pedruscos y los surcos dejados por la lluvia. Yo disimulaba mi prudencia, caerme podría significar algunas semanas de baja en el equipo de fútbol.

¿De verdad que te han fichado en el Madrid? Martín lo preguntó cuando ya estábamos sentados frente al río. Hay muchos filiales, no tiene tanto mérito, le informé para quitarle importancia. Aunque el día en que me dieron la noticia fue a la primera persona a quien le mandé un mensaje para contárselo. Hoy, tiempo después, entiendo mucho mejor el significado de mi urgencia por que él lo supiera.

No hace falta que te explique aquí que cuando la gente escucha el nombre del Real Madrid ya empieza a babear, se les dibuja el símbolo del dólar en los ojos. Lo percibí incluso en mi padre cuando superé las cribas de selección entre cientos de chicos. Martín estaba seguro de que conocería en persona a los

jugadores de Primera División. Lo cual parecía entusiasmarle, pese a que no seguía demasiado la competición. Yo me encogí de hombros, puede ser, lo bueno es que me darán entradas para ir a los partidos de vez en cuando, si te quieres venir conmigo. Lo dejé caer de manera improvisada, aunque sabía que Martín era más del Atlético. Había sido el equipo favorito de su padre, y de esa manera le guardaba una fidelidad secreta. Así nos podemos ver aunque mi madre venda la casa, añadí. Martín cogió una piedra y la lanzó al río sucio. ¿De verdad crees que la va a vender? ¿Y quién se la va a comprar? ¿Quién va a querer venir a este sitio con el río contaminado? Y luego rebuscó otra piedra para lanzarla al agua.

Nos picamos por ver quién conseguía más rebotes seguidos sobre el agua con una piedra plana. Saqué el móvil, podíamos grabarlo a velocidad ultrarrápida y luego revisarlo a cámara lenta. Sería divertido. Cactus14 se grababa mientras tiraba globos de agua a la gente desde la ventana de su casa. Al parecer le regalaban la ropa y los videojuegos que quisiera. Pero cuando aspirábamos al plano ideal, de pronto, alguien lanzó una piedra desde nuestra espalda y logró una rana de seis, siete, ocho saltos consecutivos. Espectacular.

Al volvernos a mirar, no sé por qué, estábamos seguros de que se trataba de Ros. El secreto está en elegir bien la piedra, dijo. Pasó junto a nuestras bicis abandonadas en la tierra y preguntó por la cadena. ¿Se te ha vuelto a salir? Luego miró hacia el río. ¿Vosotros os llegasteis a bañar en esta poza? Puede que nos hubiéramos bañado alguna vez, cuando éramos pequeños, al menos eso decían nuestras madres, pero ninguno de los dos lo recordábamos. Había una foto mía metido en el agua en brazos de mi madre cuando yo era bebé, muy cerca de la piedra que sobresalía en la parte alta de la poza. Martín le explicó que ahora nos bañábamos río arriba, lejos de la cantera, por encima del afluyente que durante años arrastró los vertidos de las vaquerías y las industrias. Ros murmuró algo malsonante, pero no llegamos a entenderlo.

Revolviendo en casa he encontrado algo que os puede gustar. Si venís conmigo os lo doy. La invitación de Ros sonó amenazadora, al menos en nuestra imaginación. Nos quedamos inmóviles, sin responder. Eso le hizo sonreír. A lo mejor vuestras mamás os han dicho que no os acerquéis a mí. Martín negó con la cabeza. Yo ni tan siquiera me atreví a eso. Ros avanzó hacia el sendero mientras hablaba. Aunque no creo que seáis de esos que hacen caso todo el rato a sus mamás.

Martín y yo recuperamos las bicis y le seguimos camino arriba. Creo que a los dos nos apetecía entrar en su casa. Más que peligroso, Ros parecía sólido. Robusto como un árbol bien plantado. Hasta el pelo parecía agarrado fuerte, no

había nada ligero en él. Hablaba poco y, cuando lo hacía, las palabras caían como hachazos en la frase. Contestaba con monosílabos si le hacíamos alguna pregunta hasta que Martín se atrevió con la más difícil. ¿Es verdad que estuvo en la cárcel por matar a alguien?

Hay gente que se lo merece. No la matas tú, se lo buscan ellos.

Después de decirlo se quedó quieto y levantó un dedo para que prestáramos atención al sonido que llegaba del río. Hay ranas, eso es que el río aún no está muerto del todo. Si en lugar de tanto cotillear sobre las vidas de los otros, la gente de por aquí se preocupara por salvar lo que tiene, otro gallo cantaría.

En el jardín de su casa nos enseñó una vieja pistola de balines. Coronaba un montón de cachivaches arracimados en el porche. Aún funciona, y mostró el sistema de apertura que plegaba el cañón hacia abajo. A lo mejor la queréis. Martín dijo que a su madre no le gustaba que jugáramos con armas. ¿Y qué quiere, que solo juguéis con el puñetero móvil?

Yo me adelanté a coger la pistola. La podemos esconder en la cabaña, no tiene por qué verla, y se la tendí a Martín. Ros nos ofreció con un gesto los demás objetos amontonados en el porche, por si hubiera algo que nos interesara. Estaba de limpieza y lo iba a tirar todo. Martín y yo revisamos entre cajas de juegos de mesa, revistas viejas, cacharros. Había una peluca de mujer y un casco de hierro de la Segunda Guerra Mundial que Martín se puso sin importarle que hubiera estado abandonado durante tantos años entre el polvo y la suciedad. Yo alcancé una revista erótica que debía de tener más años que nosotros. El papel estaba acartonado y los colores, desvaídos. Se la mostré a Martín y él leyó en voz alta el titular de la portada escrito sobre la pose de una cantante rubia que enseñaba las tetas enmarcadas entre los brazos: «El desnudo que vuelve loca a España».

En el supermercado de la estación venden balines, nos dijo Ros. Sonó a invitación para que nos marcháramos y le dejáramos seguir con su trabajo. No se andaba con despedidas ni conversaciones de cortesía. Su voz sonaba profunda, como esas voces que de tan poco usarlas cuando emiten un sonido parecen haber ido a buscarlo muy adentro.

Aprovechamos que esa tarde Gaspar quería ir a hacer la compra a la estación y nos metimos con él en el coche. La estación no estaba lejos, a unos tres kilómetros. Pero allí las calles estaban asfaltadas y podías encontrar casi de todo en el supermercado de Venancio, una especie de gran bazar de pueblo. Gaspar compraba fruta en el mostrador delantero. Allí atendía el propio Venancio, un afable canoso, verdadera autoridad en la zona. Si te introducías por los pasillos

de estantes, llegabas a un sector trasero atiborrado de todo tipo de mercancía de la que se ocupaba su mujer. Decían que Venancio la recluía en la parte oscura por celos, no quería exponerla a las miradas de los demás. Ella carecía de nombre conocido, para todos no era más que la mujer de Venancio. Le preguntamos si tenía balines. Ella nos miró con cara de duda y buscó en los estantes de debajo del mostrador hasta sacar una lata redonda que hizo sonar en el aire. Pero no os carguéis a los pocos pajaritos que quedan por la zona, ¿eh?

Le aseguramos que solo jugaríamos a tiro al blanco. Salimos para esperar a Gaspar en la calle. Aún pasaban algunas personas con la palma de misa. Gaspar salió con una caja de ciruelas enorme, algún tomate y dos lechugas sucias de tierra. Si me esperáis aquí, acerco el coche, ¿vale? Dejó la caja a nuestros pies y luego me dio un billete de cinco y me pidió que me asomara a la cafetería a ver si aún les quedaban periódicos. A Gaspar le gustaba leer el periódico en papel y en verano nos daba propina si nos acercábamos a la estación a traerle *El País*. Si alguien le decía que era absurdo comprar el periódico que podía leer en el móvil, se quejaba largamente de adónde iría a parar el mundo si renunciaba a los pequeños placeres sensoriales. Lo decía así. Pequeños placeres sensoriales. Y enumeraba algunos: leer en papel, un lápiz recién afilado, la caña de cerveza bien tirada, la nieve sobre la hierba, ver caer las hojas de los árboles y sentarse sin hacer nada en una mecedora. De esos, al menos, me acuerdo.

Tardó en llegar con el coche porque las pocas plazas en la calle estaban ocupadas y habíamos tenido que aparcar frente a la estación. Cargamos en el maletero la caja de ciruelas y el resto de verduras. Le tendí el periódico, aunque rechazó las vueltas. Eso para vosotros, pero no os lo gastéis ni en mujeres ni en alcohol. Luego abrió el periódico y lo dobló por una página en concreto. Se lo pasó a Martín. Por si queréis leerme.

Gaspar publicaba de vez en cuando en el periódico artículos de opinión sobre actualidad y piezas más personales, cosas mías, las llamaba él. Gaspar era profesor en una Escuela de Periodismo, creo. El artículo ocupaba una columna lateral. Sobre el nombre de Gaspar Belitre destacaba el título: «¿Para qué sirve un paisaje?».

Nos daba pereza leerlo, y más con el autor sentado al lado, al volante del coche. Pero Martín detectó entre líneas el nombre del pueblo, Pinares de San José, y eso nos excitó la curiosidad. Gaspar nos explicó que lo había escrito dos días atrás, al llegar de vacaciones y toparse con el estado lamentable del río, el avance de la cantera, la degradación de un paisaje tan hermoso, donde las casas se construyen sin el menor rigor ni respeto. Una de las frases era chocante: la

raza autóctona de los yonquis del cemento.

Si tuviera que resumirlo, te diría que el artículo trataba sobre la importancia emocional de los paisajes en relación a las personas. Un paisaje, decía, posee la fuerza evocativa inmediata de la mejor canción, pero contiene al mismo tiempo la magnitud de un árbol genealógico de toda la raza humana. Dudo que Martín entendiera del todo esa frase, que yo tampoco acababa de comprender. Pero lo que más orgullosos nos hizo sentir fue la última línea: «Permitir la degradación de la sierra sin mover un dedo nos impide mirar a la cara de nuestros hijos con cierta dignidad».

Hablo de vosotros, ya lo veis. Gaspar conducía despacio porque habíamos dejado atrás la calle asfaltada y recuperábamos la pista de tierra hacia La Navilla. Martín le preguntó si ese artículo podría parar la expropiación del monte. A lo mejor, respondió Gaspar. A la gente no le gusta que le critiquen en los periódicos. Las cosas se cambian así, hay que movilizar a los vecinos, hay que implicar a todo el mundo. La gente se ha acostumbrado a los argumentos de las películas de Hollywood, donde llega el bueno y resuelve todos los problemas a golpes sin la ayuda de nadie, pero eso es fascismo. ¿Fascismo?, nos sorprendimos Martín y yo. Sí, fascismo es creer que los problemas se resuelven de manera simple e individual. Eso es mentira, por eso los superhéroes son fascistas. ¿Qué? ¿Fascista Superman? Todos, insistió Gaspar entre risas. Imaginar que un tipo con superpoderes nos salvará del malo mientras nosotros andamos pasivos y cruzados de brazos esperando al salvador es fascismo. Y así siguió durante un rato, llamó fascista a Spiderman, al Capitán América, a Iron Man. Incluso a Wonder Woman, por quien también le preguntamos, de la que dijo que era mujer, pero fascista.

Gaspar tenía respuestas para todo. Le gustaba argumentar y discutir. Mi madre decía de él que era profesor las veinticuatro horas del día. Ella lo decía como un elogio, no creas. Yolanda sí se burlaba de Gaspar, con cariño, claro, pero mi madre lo admiraba. Al volver a casa les enseñó a Yolanda y a Lucía el artículo como quien hubiera pescado un atún enorme y estaba tan eufórico que cocinó su magnífica tortilla de patata. Él la llamaba siempre así. Mi magnífica tortilla de patata. A Lucía no le gustaba porque el huevo quedaba casi crudo, la patata, dura y le añadía cebolla. Gaspar le decía que tendría que aprender a sofisticar su gusto en lugar de tratar de rebajar el gusto de los demás a sus carencias. En la vida hay que aspirar a elevarse, no a que los demás se rebajen para estar a mi altura, decía, pero Lucía le protestaba todo, como esos jugadores que no dejan de comerle la oreja al árbitro durante el partido.

Después de la cena, Yolanda y mi madre se refugiaron en la cocina con la excusa de fregar el desastre que dejaba atrás Gaspar. Su magnífica tortilla de patata se transformaba en un magnífico reguero de mierda, decía Yolanda. Es cierto que entre platos y espumaderas, el colador y una fuente, lo ponía todo perdido. Además, al dar la vuelta a la tortilla siempre se le caía un hilo de huevo batido en torno a los quemadores. Cuando entré a dejar los vasos vi a mi madre medio llorosa. Desde el salón no las escuchaba hablar, porque Gaspar andaba quejándose frente a la tele de que dedicaran la mitad de las noticias a las celebraciones del Domingo de Ramos en pueblos de todo el país. Él dijo poblachos.

Al ir hacia el baño sí escuché a mi madre decirle a Yolanda que no podía evitar la sensación de haber tirado a la basura los mejores años de su vida. No digas eso, la calmaba Yolanda, no es cierto. Y en voz muy baja le explicaba que cuando murió Sergio también ella había tenido esa sensación de vacío, aunque la vida consiste en seguir adelante. Mi madre levantó un poco la voz para responder. La muerte no es un fracaso, le dijo a Yolanda, sé que es horrible decirlo así, pero no es un fracaso, lo nuestro sí, lo nuestro es un fracaso personal y me siento culpable. Se refería, claro, a la separación. Cuando salí del baño, Yolanda se dio cuenta de que las escuchaba y cambió el tono para que mi madre reparara en mi presencia. Tonterías, lo que tienes que hacer es echarte un novio más joven, como hice yo, y levantó la voz para que todos lo oyeran, camino del salón.

Exacto, búscate un jovencito como yo, se sumó Gaspar. Y le pidió a Lucía que contara lo que le había dicho a su madre cuando Yolanda les presentó. Ella no quería contarlo, pero Gaspar le insistió. Cuenta lo que le dijiste a tu madre cuando empecé a salir con ella. Lucía se encogió de hombros y repitió la frase de entonces: Que parecías más un hijo mayor que un novio. Mi madre se echó a reír. Yolanda en cambio explicó que ese era el funcionamiento machista de la sociedad. A nadie le extraña cuando es el hombre el que se empareja con una mujer más joven. ¿No lo vimos el otro día en la película de Tom Cruise? Él tenía veinte años más que la chica que hace de su pareja y a nadie le importó un carajo, pero si hubiera sido al revés otro gallo cantaría. Lucía volvió a intervenir con una risa pícaro: Es que Tom Cruise no envejece, tiene la enfermedad esa, el síndrome Highlander, aunque Gaspar es diferente, ahora ya parecéis de la misma edad.

Y era cierto, porque a Gaspar se le había puesto canosa la barba y eso le daba un aire de profesor mayor. Se rascó la barbilla entre las ironías de Lucía y

aprovechamos su buen humor para pedirle el ordenador y jugar un rato. Cactus14 había colgado un nuevo vídeo donde se mofaba de un fontanero que reparaba el váter de casa de sus padres. Le retrataba agachado bajo el lavabo, silbando una canción y con el pantalón medio caído que dejaba a la vista la raja del culo. Sin que el tipo se diera cuenta, Cactus14 señalaba el culo y decía que ahí se podía aparcar una bicicleta, dejar las cartas, sostener un libro y bromas así. Martín se tronchaba de risa. Utilidades de la raja del culo.

Otra vez viendo los vídeos de ese imbécil, se quejó Lucía. Gaspar nos defendió. Déjales que se rían, a nadie le hace mal reírse, solo faltaría. Un rato después mi madre quiso que nos fuéramos a casa. Gaspar, acompaña a Anushka, le pidió Yolanda. Mi madre se negó. No hace falta. Tomás tiene la linterna del móvil, ¿verdad?

Mi madre se llama Ana y mis abuelos le decían Anita, pero Yolanda siempre la llamaba Anushka. El apodo venía de cuando eran jóvenes y se conocieron allí en la sierra. Una vez le pregunté a Yolanda por qué la llamaba así, Anushka. Pues porque tu madre se parece a una zarina, a una zarina rusa. Nunca entendí muy bien qué quería decir con aquello de la zarina rusa. Quizá solo era una broma cómplice entre ellas. Me preguntaba si mi madre le contaría a Yolanda todos los detalles de sus problemas con mi padre. En los tiempos en que él venía a la sierra, cuando el trabajo se lo permitía, mi madre y Yolanda se veían menos. No era difícil sospechar que Yolanda y él no se guardaban mucha simpatía. Todos están del lado de tu madre, me dijo en una ocasión mi padre. Se refería a la actitud de mis abuelos, de los amigos comunes, supongo que también a mi actitud. Todos están de su lado, insistió, pero yo también tengo mis razones. Cuando decía esas cosas me daba pena. Recordaba una frase de Mario, el mejor entrenador que tuve en Infantiles. Si algún jugador le discutía algo, le cortaba en seco. No me lo expliques, hazlo, decía. Eso mismo tenía yo ganas de decirle a mi padre. No te expliques, haz.

Cuando dejamos atrás la torreta eléctrica, la oscuridad se hizo más densa. Las estrellas en el cielo parecían vivas. Mi madre señaló la Osa Mayor y me mostró su forma de carro. A lo lejos se veía una luz en el monte y le pregunté si aquello era Los Rosales. Creo que sí, tenía faroles en el porche. Cuando vivía el abuelo era una de las mejores casas de la zona. ¿Y qué pasó? Pues como todas las cosas, que si no las cuidas, se pudren. Mi madre me contó que cuando Ros dejó de venir, la madre se quedó sola y se volvió medio loca. Durante años tuvo conejos y gallinas sueltos por el jardín, destrozándolo todo, apenas se relacionaba con nadie hasta que un día desapareció del lugar, dicen que la

ingresaron en una residencia en Robledo de Chavela.

¿De verdad ha estado en la cárcel? La pregunta sorprendió a mi madre. ¿Ros? Mi madre no dejó de caminar y tampoco parecía tener prisa por contestar. La respuesta que Ros había dado a Martín cuando se lo preguntó directamente me había dejado dudas. Sonó brutal eso de decir que algunos se buscan ellos mismos que alguien los mate. Podía ser una forma de hacerse el duro, porque a Ros, si te digo la verdad, se le transparentaba un poco el deseo de hacerse el duro.

¿Por qué lo llaman Ros?, insistí a mi madre. El apellido de la familia era Rosales. Por eso el nombre de la casa. A él siempre le llamábamos Ros, le gustaba que le llamaran así. ¿Es malo? ¿Malo?, repitió ella, y reflexionó sobre mi pregunta. No creo, nos conocíamos de chicos, de los veranos aquí, supongo que en algún momento empezó a juntarse con quien no debía. Pero ¿es verdad que mató a alguien?, volví a preguntarle. Se metería en líos, no sé, las malas relaciones, vete a saber.

Luego aceleró el paso porque le daba miedo la oscuridad. También a mí ese sendero sin más luz que la de la luna se me hacía inhóspito y peligroso. Alumbré con la linterna de mi móvil hacia el suelo y luego enfoqué la luz hacia delante, para ver lo que nos esperaba. La sombra de un árbol se movió como dos brazos que se estiraban para atrapar algo. Mi madre se agarró con fuerza a mí. Si tenías miedo, ¿por qué no has dejado que Gaspar nos acompañara?, le pregunté. Bueno, tenemos que acostumbrarnos a solucionar las cosas tú y yo solos.

CAPÍTULO 3

LUNES SANTO

*Conviene más
que muera un hombre por todo el pueblo
a que perezca todo el pueblo
por solo un hombre.*

No sé si eres de esas personas a las que les gusta levantarse temprano. Yo sí. El preparador físico del equipo al que me incorporaría al acabar la temporada me había pasado por el grupo de móvil una tabla con ejercicios. Ese día, cuando me levanté de la cama, mi madre metía ruido en la leñera. La llamábamos la leñera, pero era una covacha en el sótano donde mi abuelo José guardaba las herramientas. Estaban sucias y revueltas y mi madre apartaba en la carretilla las que estaban en buen uso. ¿Te he despertado? Me ofrecí a ayudarla, aunque no tenía mucho sentido que nos lleváramos a la ciudad el pico, la pala, un azadón enorme. No, ya, tienes razón, me dijo, pero aún tienen valor. Se sonrió al ver que me había puesto las pesas en los tobillos. Eso no sé si es bueno, ¿no pesa demasiado? Levanté el pie sin esfuerzo y le expliqué que me convenía reforzar la musculatura de la pierna y los tobillos. En cuanto termine con esto te preparo el desayuno, me dijo ella. ¿Puedo quedarme estas?, y cogí unas tenazas pequeñas del cajón y me las guardé en el bolsillo del chándal.

Salí a correr veinte minutos y me crucé con Yolanda, que llevaba al hombro el caballete y su maletín de óleos. También un lienzo impoluto bajo el brazo. Se detuvo a hablar conmigo. Vaya horas, ¿te has caído de la cama como yo?, y cuando se enteró de que aún no había desayunado me envió a su casa. Gaspar va a preparar tortitas. La vi caminar por la cuesta del río, a la busca de un paisaje que le inspirara para pintar. De tanto en tanto se detenía y encuadraba los límites de la vista con el dorso de las manos frente a sus ojos. Me recordó una película aburridísima que nos pusieron en el colegio sobre un pintor francés de no sé qué época y que llamábamos en coña *El brochazo letal*.

Gaspar me recibió feliz, aunque Lucía y Martín aún no se habían movido de la cama. Sus tenedorazos contra el cuenco mientras batía el huevo y la leche con la harina ayudaron a despertarlos. Podrían haber despertado a La Navilla entera. Martín y yo nos comimos seis tortitas cada uno y luego tres más que Lucía despreció con un esto engorda que no veas. Gaspar había preparado un termo de té que quería que Lucía le llevara a Yolanda. Pero ella protestó, estaba en pijama, tenía que estudiar, fuera hacía demasiado frío. Y hubiera inventado mil excusas más si esas fallaban.

Lucía había empezado a estudiar Derecho ese curso, pero se comportaba aún

como la niña mimada de siempre más que como la abogada del futuro. Yo me ofrecí a llevarle el termo a Yolanda mientras Martín se terminaba de vestir. Gaspar quiso castigar la negativa de Lucía, fue a la cocina, volvió con un huevo escondido en la mano y se lo aplastó a Lucía en plena cabeza. Ella empezó a gritar mientras le resbalaban por el cabello los trozos de cáscara y los grumos amarillos. El huevo es buenísimo para el pelo, se carcajeaba Gaspar, y ella le persiguió hasta la terraza, lo atrapó del jersey y se sacudió junto a él como hacen los perros al salir del agua. Tú y tus bromitas, tú y tus bromitas, repetía ella.

Le entregué el termo a Yolanda cuando la localicé en la ladera. Hacía algunas fotos con el teléfono en dirección a la montaña recortada por la cantera. Me dijo que con esa luz de la mañana la perspectiva era más profunda y los colores no quedaban empastados como pasa cuando asciende el sol. Mira, ahora está matizado, cada detalle tiene su valor. Me sorprendió que hiciera fotos para después pintarlo. Con la foto ya vale, ¿no? ¿De qué te sirve pintarlo? Yolanda se detuvo un instante y me miró con interés. ¿Tú crees que es lo mismo? Me encogí de hombros y dejé que ella se explicara. Cuando haces una foto, el paisaje es el resultado de una máquina, de la óptica y la lente. En cambio cuando lo pintas, el paisaje pasa por aquí, y se señaló la cabeza, y por aquí, y se señaló el corazón, y entonces ya es único, completamente distinto según quién lo pinte. El resto depende de la mano que tengas, porque la mano es el alma de la pintura.

A Yolanda le gustaba hablar de pintura. Estoy casi seguro de que era una buena profesora. Yo en cambio en Plástica sufría a un pobre tipo al que los malotes de clase mortificaban y le amargaban la hora. Lo pagábamos los demás con castigos, exámenes absurdos y el mal humor perpetuo. Pero el día anterior, por ejemplo, cuando Gaspar se quejaba de la matraca de las informaciones sobre Semana Santa, Yolanda nos había hecho mirar en el ordenador un cuadro de la entrada de Jesús en Jerusalén para explicarnos de dónde venía la tradición de los ramos. Sobre el fondo azul se veía a un niño arrancar las ramas de la palma para recibir a Cristo, que iba sentado en un burro seguido de sus apóstoles. Entró un domingo aclamado por toda Jerusalén y cinco días después la misma gente que lo había vitoreado lo estaba crucificando, había explicado Yolanda mirándome a los ojos. Seguro que en el fútbol estás acostumbrado a ver a ídolos subir y bajar de la cima a la misma velocidad, ¿verdad?

Recuerdo que el azul del fondo de la pintura me resultó hipnótico. Yolanda nos explicó que el pintor era un niño pobre y sin estudios. Al parecer trabajaba de pastor y con once años andaba dibujando con una tiza sobre una piedra plana a una de sus ovejas cuando pasó por allí un artesano vecino y se quedó tan

impresionado por la buena mano que tenía que lo contrató de aprendiz. Ese día cambió la Historia del Arte, dijo ella.

¿Nunca has querido ser pintora en vez de dar clases? Yolanda se echó a reír y miró alrededor, pero a esa hora de la mañana estábamos solos entre los pinos. Para vivir de pintar hay que ser muy bueno, y yo no tengo talento. Me sorprendió oírle decir eso. Confesar así sus limitaciones. Pese a ser profesora de Dibujo reconocía en sí misma menos talento para pintar que en aquel niño pastor de ovejas. En el fútbol también pasaba, supongo, esa sutil diferencia entre hacer algo y hacer algo con talento. De todas maneras, me dijo, si quieres puedes ser mi marchante y nos repartimos el dinero a medias. Marchante es el que vende los cuadros, me aclaró. Como un agente en el fútbol.

Me gustó ver cómo empezaba a manchar el lienzo. Parecía atrevidísimo dar el primer golpe de pincel sobre algo tan immaculado. Yolanda restregó un trapo por la tierra y la hierba a sus pies y luego lo frotó contra el lienzo. Cuando el blanco se tiñó de suciedad, entonces Yolanda pareció satisfecha. Ahora ya está vivo, dijo. Años después aún recuerdo el entusiasmo por ponerse a la tarea. Seguía a su lado cuando arrancó a dibujar con el lápiz, pero Martín apareció en la bici por el sendero de la lomilla y me gritó impaciente. Tom, Tom, vámonos. Me despedí de su madre y fui hacia Martín. No me apresuré. No quería parecer un perrillo que acude a la llamada del amo.

No tenía ganas de volver a casa para recoger mi bici, así que corrí un rato detrás de la bici de Martín. Él daba media vuelta y regresaba hacia mí si nos distanciábamos demasiado. Me pesaban las piernas tras los ejercicios de la mañana, pero era un dolor placentero. Con el plan específico de entrenamientos confiaba en fortalecerme un poco. Incluso Martín me había dicho un día que yo era demasiado debilucho para llegar a ser un deportista profesional. En mi deporte a veces también se necesita gente ligera, que parezca volar, eso sí, que sea resistente, no frágil. Como me decía mi entrenador Mario, el fútbol es de los pocos deportes donde no siempre gana el más fuerte y el más dotado físicamente, sino que la habilidad y el tesón compensan otras carencias.

Nos adelantó un camión que volvía descargado a la cantera y tuve que taparme la boca para no tragar la estela de polvo que dejó detrás. Le crujían los amortiguadores y al remolque le sonaban las juntas. Cuando llegamos a la altura de la casa de Ros, Martín desmontó de la bici y bajamos entre los matorrales hacia la verja. Creo que Ros nos oyó llegar, pero no nos prestó atención hasta que Martín le habló desde la entrada. Entonces entendí lo que Martín andaba rumiando en su cabeza.

Mira, han escrito un artículo contra la cantera. Se sacó del bolsillo el papel del periódico doblado en dos. Llevaba la columna de Gaspar recortada. ¿Ah, sí? Ros se acercó para abrir el portón. Martín le tendió el papel. Ros se secó las manos en la culera del pantalón y lo empezó a leer. El que lo ha escrito es el novio de mi madre, le dijo Martín. ¿Él venía aquí de niño?, preguntó Ros sin dejar de leer. No, conoció esto cuando le trajo mi madre, le explicó Martín. Mi madre y su madre son muy amigas, añadí yo, que no quería quedarme del todo fuera del vínculo que Martín parecía haber establecido con Ros.

Tu madre es Ana, ¿verdad? Asentí, aunque la pregunta de Ros me dejó alterado. Oírle pronunciar el nombre de mi madre me dio miedo. Un miedo raro, porque el tono de Ros siempre escondía algo de agresividad, una dureza que atemorizaba. Usó un tono parecido cuando le devolvió el papel doblado a Martín. Son solo palabras bonitas. Y aquí se limpian el culo con eso.

Martín protestó. Los periódicos los lee mucha gente. A lo mejor así se puede conseguir que la cantera no siga destruyendo la montaña. Yo percibía lo importante que era para Martín transmitirle a Ros que nosotros y nuestras familias estábamos de su lado. Pero Ros no buscaba aliados. Ni siquiera creo que buscara amigos. ¿Queréis hacer algo? ¿Queréis hacer algo que de verdad sirva contra esa gente?

La pregunta de Ros quedó en el aire. Martín y yo movimos la cabeza en algo que quiso ser una afirmación pero que se quedó en un golpecito de cuello. Ros se perdió en el interior de su casa. Al poco salió con un paquete de papel en las manos. Era un kilo de azúcar. Nos lo ofreció.

Esta noche, os acercáis adonde tienen las excavadoras, abris el depósito de combustible y echáis esto. ¿Azúcar?, preguntó Martín. Mañana, cuando enciendan los motores, están jodidos. Hace una semana les rajé las ruedas a dos camiones que duermen en la explanada. Y un día de estos, si se descuidan, le prendo fuego a todo lo que tienen ahí. Vosotros también podéis ayudar. A esos hijos de puta hay que pararles los pies. Los periódicos no los lee nadie. Las buenas palabras no sirven para nada.

Martín se había guardado el paquete de azúcar en el bolsillo del abrigo. Yo seguía inmóvil ante la voz espesa de Ros. Hasta ahora no le habíamos escuchado decir tantas frases seguidas, pero ahora liberó el rencor acumulado hacia la cantera cercana. No tardamos en irnos, cuando Ros dejó de prestarnos atención y regresó hacia el porche, donde engrasaba una moto vieja con ruedas de montaña. Mientras se agachaba junto al motor escondido bajo la tripa roja del depósito de gasolina, volví a mirar sus manos y le imaginé al rajar las ruedas de los

camiones.

No comentamos entre nosotros la escena en casa de Ros. Cuando volvimos a casa tampoco dijimos nada a los demás. Martín se limitó a sacar el recorte y colgarlo en la estantería, sujetado por el peso de los libros. Yolanda le vio hacerlo. Recordó que Sergio también había escrito una carta a la Diputación de Ávila para mostrar su disgusto cuando la cantera se instaló en la montaña. Yolanda lo recordó con una emoción discreta, luego añadió: Intentamos luchar en contra, pero no pasó nada. Aquí no todo el mundo viene para disfrutar del paisaje. Hay gente que vive de eso, la cantera da trabajo a muchas familias de la zona.

Aunque aquella tarde Gaspar tuvo otro motivo de orgullo por su artículo además de verlo exhibido en la estantería del salón. Le llamaron de una cadena de televisión porque querían entrevistarle y grabar aquel paisaje amenazado. ¿Quién dijo que a nadie le importaban los periódicos?, preguntó al aire. Parecía un niño que hubiera sacado la mejor nota de la clase.

Quizá porque Martín no se mostró demasiado impresionado por la llamada de la televisión ni por la euforia de Gaspar, no me esperaba lo que sucedió esa noche. Yo dormía profundo, fatigado por el madrugón del día, y a Martín debió de costarle que yo escuchara finalmente los golpecitos que daba en el cristal de mi ventana. Cuando me logró despertar, alcé la persiana enrollable de listones de madera y lo vi al otro lado, abrigado e inquieto en mitad de la noche.

Tenemos algo que hacer, ¿no te habrás olvidado?

No fue tan fácil dar con la tapa del depósito de gasolina de la excavadora. Habíamos llegado a la explanada de la cantera tras una larga caminata campo a través. Yo nunca hubiera pensado que Martín se fuera a tomar en serio la propuesta de Ros, y no tuve el valor de contradecirle. Le alumbré con la linterna de mi móvil y le vi echar la mitad del contenido del paquete de azúcar en el depósito de combustible. Después me indicó con un gesto que nos acercáramos a la otra excavadora.

La cantera estaba rodeada de oscuridad y, aunque el viento se afilaba los dientes al golpear en la roca, todo parecía calmado y desierto. Fue sencillo repetir la maniobra en la segunda excavadora. Tenía la pala levantada en el aire y en la noche parecía un escorpión gigante, en la misma actitud que el tatuaje de la mano de Ros. Cuando Martín vertió el resto del azúcar en el depósito, arrugó la bolsa de papel y se la guardó para evitar dejar pruebas. Se bajó del estribo metálico donde había apoyado el pie y nos volvimos hacia el camino de escape. Fue entonces cuando oí los pasos.

No me dio tiempo apenas a volverme. Martín también se había detenido y, antes de que pudiéramos reaccionar, un brazo poderoso me atenazó el cuello. Vi cómo a Martín lo inmovilizaba del mismo modo. La manga de la chaqueta era dura y desagradable al tacto, rápido percibías que se trataba de un uniforme. El guardia de seguridad dijo algo que no entendí y traté de resistirme. Me tenía agarrado con una fuerza brutal, su mano era una zarpa. Preferí entonces guardarme el móvil en el bolsillo. Tenía miedo de que se me cayera al suelo y perderlo. A mi lado Martín se revolvió. Tampoco logró zafarse del tipo que nos sujetaba y al que no veíamos la cara. Me levantaba en vilo y durante un instante mis pies no tocaron la tierra. Su brazo hacía palanca contra mi cuello.

Nos arrastró en dirección contraria, de vuelta al vientre de la cantera. Ahora sí le entendí preguntar por lo que andábamos haciendo por allí y quiénes éramos. ¿Qué hacíais? Nada, nada, respondió Martín, y yo tuve ganas de llorar porque me apretaba tanto la garganta que pensaba que me iba a estrangular.

De pronto oí un ruido abrupto, inesperado. El brazo me soltó casi como por encantamiento. Me liberé y avancé dos pasos. Al volverme, vi al guardia de seguridad, calvo y grueso, pero sin expresión. A su espalda, Ros lo había atenazado por el cuello con los dos brazos. Le aplicó tal presión en el cuello con el antebrazo que el tipo se desplomó, cayó vencido al suelo, donde Ros lo depositó como quien deja una bolsa de basura junto a un árbol. Luego nos dirigió un gesto de urgencia. Nos susurró que nos marcháramos a casa, sin tomar el camino. Rápido.

Obedecemos a toda prisa. El miedo disipaba mis agujetas con un raro hormigueo en las piernas. Pensé que quizá me había meado encima. Caminamos sin echar a correr y, aunque Martín iba por delante de mí, sentía que él me empujaba, cada vez más aprisa, entre las matas de romero y las jaras, lo más alejados del camino que podíamos. Se volvió para mirarme y se fijó en mi pantalón. ¿Y eso? Me temí lo peor. Bajé la mirada. Vi una extraña luz que salía de mi entrepierna. Era la linterna del móvil, me lo había guardado en el bolsillo del pantalón sin apagarla. Lo saqué y la apagué.

Ya veíamos el foco de la torreta de luz. Aquello nos prometía la cercanía de las casas, la salvaguarda de un refugio. Una vez allí estaríamos protegidos. Te confieso que mi única obsesión era ponerme a resguardo, no pensaba en nada más. Ya tendríamos tiempo de recordar, de reconstruir la escena, hasta de reírnos quizá de mi entrepierna luminosa, pero solo cuando estuviéramos lo suficientemente lejos para no evocarlo con tanto miedo como en ese instante.

CAPÍTULO 4

MARTES SANTO

Lo que has de hacer hazlo pronto.

A la mañana siguiente, el miedo se me había anclado en los intestinos, como si una bola de hierro me bloqueara la barriga. No me podía mover de la cama. Me daba miedo alcanzar el móvil por si lo descubría lleno de mensajes sobre el suceso de la noche anterior. Escuchaba a mi madre empujar los muebles de la casa y abrir cajones para vaciarlos o, mejor dicho, sentirse impotente por no lograr vaciarlos del todo. Si me hubieras visto, metido en la cama, encogido, parecía una oruga más que un humano. Ella tardó en entrar en mi cuarto, extrañada de que no madrugara para arrancar el día con mis ejercicios. ¿Se te han pegado las sábanas? Le dije que no me encontraba bien. ¿Y eso? La tripa. Tú lo que quieres es quedarte un rato más haciendo el vago.

Martín no tardó en llegar. Nos habíamos despedido sin palabras la noche anterior. Tuvo el detalle de acompañarme hasta mi casa. Me debió de ver incapaz de enfrentarme a solas con el camino oscuro. Luego él se volvió a la suya sin nadie que le acompañara. Quizá por eso no le reproché que me arrastrara a hacer aquello en la cantera. La culpa era mía por seguirle siempre sin rechistar. Martín disimulaba bien, saludó a mi madre como si fuera un día cualquiera y vino a sacarme del letargo temeroso. Vamos, vístete, han venido los de la tele. Tuve ganas de preguntarle si él no sentía el miedo que yo tenía metido en el cuerpo. Si no pensaba que a estas alturas el guarda jurado ya habría dado nuestra descripción o la policía, tras encontrarlo muerto, se habría presentado en casa de Ros y él les habría hablado de nosotros. Volvía a dudar, al verlo allí tan dueño de la situación, de si Martín era un valiente o solo un inconsciente.

El equipo de televisión se reducía a dos chicas. Una de ellas iba armada con una camarita muy negra casi de aficionado y la otra, con un micrófono terminado en una esponja redonda y que se conectaba con la cámara por un largo cable de color rojo. Gaspar estaba al lado de Yolanda. Él las había conducido hasta una de las pozas del río, la que lucía un cartel oxidado por el tiempo que anunciaba que allá el baño estaba prohibido y que el agua estaba contaminada. Un cartel lóbrego al que ya nos habíamos acostumbrado hasta no reparar en él. Al fondo se veía la cantera, con una extraña calma. Eso me estremeció. Andarían en busca de los culpables de la avería del motor de sus excavadoras.

Yolanda trataba de componerle el aspecto a Gaspar y le criticaba con cariño

la elección del jersey. ¿No podías haberte puesto uno un poco menos viejo? Me da un aspecto muy National Geographic, bromeaba él. El jersey estaba lleno de pelotillas de lana y tenía un pequeño agujero en la codera. ¿No te recuerdo un poco a Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*? Yolanda sacudió la cabeza. Al parecer odiaba a ese actor porque se parecía muchísimo a un primo suyo de Pamplona que era insoportable. Nunca he podido ver sus películas sin ver a mi primo en él, imposible que me guste. A Gaspar aquello le parecía un absurdo. Nadie odia a un actor porque se parezca a un primo suyo, aunque yo creo que sostenían la conversación más que nada para aplacar los nervios antes de ponerse delante de la cámara. Lo malo de salir en la tele, nos había dicho Gaspar un rato antes, es que haces el mismo ridículo de siempre, pero delante de mucha más gente.

La entrevistadora le explicó que el reportaje iba a tratar sobre lugares de vacaciones que se encontraban degradados. Gaspar se echó a reír y dijo que no les faltarían ejemplos, nuestro país es especialista en destrozar los rincones más maravillosos de la naturaleza. La periodista le pidió a Gaspar que las respuestas fueran cortas y que incluyeran implícita la pregunta. Así es más fácil de montar. Gaspar asintió y se colocó delante de la cámara con una rigidez tensa. Aunque habló con soltura y señaló el río y la cantera y abarcó el paisaje con los brazos. Un rincón así no merece este maltrato, dijo en un tono algo peliculero. La periodista le preguntó su impresión sobre la actitud de las autoridades y las asociaciones vecinales, pero en su gesto pude ver que no atendía a la respuesta. Se limitó a desconectar el micro del cable cuando Gaspar hubo terminado. La chica que sostenía la cámara bajó el brazo y luego recogió todo el material. Tenían prisa por grabar en un pinar de Las Navas que había sido arrasado por una tala ilegal. Las acompañamos hasta su coche, pequeño y algo gastado, y al verlas marchar todos recuperamos la naturalidad perdida.

Martín y yo nos atrevimos a acercarnos a casa de Ros. No se mostró preocupado. Tranquilos, en la cantera no hay cámaras de seguridad. Nos explicó que al guarda tan solo le había aplicado una llave que le dejaba momentáneamente sin flujo sanguíneo en las carótidas y que por eso se había desmayado de golpe, pero sin consecuencias. Dijo que la maniobra se llamaba Matalaón y procedía de África, donde se defendían con ella de los ataques de las fieras en plena selva. Ahora, eso sí, si no la haces bien, le puedes romper el cuello al tipo. Pensé en el hombre calvo y grueso desplomado en el suelo.

Ros parecía más relajado en su trato con nosotros. Nos había aceptado como cómplices. Así que Martín se había salido con la suya. Se había ganado a Ros y

ahí lo teníamos delante, hablándonos por primera vez con confianza. Tanta, que poco después nos dijo que quería pedirnos algo. A lo mejor me podéis devolver el favor de anoche.

Mañana llega mi hija a pasar unos días conmigo. Tiene más o menos vuestra edad. No conoce a nadie aquí, ni siquiera conmigo ha podido tener mucho trato en estos años. Quiero que se sienta a gusto, que la saquéis un poco por aquí. ¿Haríais eso por mí?

Claro, seguro, Martín se adelantó a responder. Se llama Danae, la madre es un poco cursi, nos explicó Ros. ¿Danae? Martín repitió el nombre en voz alta antes de explicarnos que Dánae era en la mitología griega la hija única de un rey al que los oráculos profetizaron que moriría asesinado por su nieto, el hijo que tendría esa hija suya. ¿Y qué pasó? Pues que el rey encerró a Dánae en una cueva de por vida, pero Zeus se coló en la cueva transformado en lluvia y la dejó embarazada. Y el niño que nació, cuando se hizo mayor, mató al abuelo. Así que el destino se cumplió. El destino siempre se cumple.

A Martín su madre le había leído por las noches, durante toda la infancia, relatos de la mitología. Era una costumbre que su padre había practicado con Lucía cuando era niña. Sergio también era profesor, aunque no recuerdo de qué materia. Lo único que recuerdo de él es que tenía una melena larga que se apartaba a un lado de la cara y que era alto, bastante alto. Las lecturas de Yolanda le permitían a Martín presumir de saber quiénes eran Afrodita, Teseo o Aquiles. Me hacía reír cuando le veía pavonearse y contar esas historias como si fueran invenciones suyas.

Sin embargo, Ros, cuando Martín terminó de contar aquella historia enrevesada de Dánae, el padre de Dánae y el hijo de Dánae, se limitó a preguntarle si en el cole se metían mucho con él por hablar con la zeta. Cuando os he hablado de Martín, no os he dicho que era incapaz de pronunciar las eses, aunque disimulaba con esfuerzo el ceceo. Le molestaba mucho si alguien se lo hacía notar. Así que contestó a Ros con un encogimiento de hombros. Pero él añadió: La gente es muy cabrona, si muestras alguna debilidad se lanzan sobre ella como los buitres.

Por la tarde fuimos a disparar la pistola de balines. Nos alejamos río arriba hasta perder de vista la cantera. En secreto pensábamos que si no alcanzábamos a verla, ellos tampoco podrían vernos a nosotros. Gastamos los balines en disparar contra los árboles y a veces apuntábamos al agua. El balín apenas dejaba una honda leve. Martín propuso que grabáramos con el móvil los disparos contra una lata. Hicimos un concurso de puntería y ganó él. Espero que tengas

mejor puntería con la pelota, me dijo, si no, te auguro poco futuro en el Madrid.

Buscamos alacranes bajo las rocas. Yo las movía con el pie y él las desplazaba con la punta de la pistola. Alguien le había contado que si rodeas a un escorpión con un círculo de fuego acaba por picarse con su propio aguijón. Si no encuentra escapatoria, prefiere suicidarse, dijo Martín, y aparentó una cierta admiración por la fortaleza de ese animal tan orgulloso pese a su tamaño insignificante.

Volvimos a esconder la pistola envuelta en un trapo en el cajetín secreto de la cabaña. Yo guardé las tenazas que había cogido de mi casa junto a la pistola. Se me había ocurrido que con ellas podríamos grabar la tortura esa del arrancamiento de uñas. Nos pusimos a imaginar cómo funcionaría mejor, de qué manera lograríamos que fuera más dramática la escena. Cactus14 colgaba a menudo vídeos de su hermana pequeña dando alaridos y tenían mucho éxito.

Para cenar, Gaspar cuarteó los pollos que había comprado en la estación y Yolanda los puso en la parrilla sobre las brasas de la chimenea. Lucía se quejó de que le iba a oler el pijama a fritanga, porque aún seguía en su esquijama y con los pies bien calientes dentro de unas pantuflas ridículas con forma de osito. Vestida con esa ropa os habría parecido una chica descuidada y fofa, pero en verdad era guapa y con estilo. Esperamos a que llegara mi madre para buscar en el ordenador el telediario donde habían emitido la entrevista a Gaspar. Lo tuvimos que poner de nuevo desde el principio, porque los comentarios y las bromas no nos dejaron oír nada de lo que decía. Bajo su nombre habían puesto un rótulo que decía Profesor e investigador. ¿Investigador?, se burló Lucía, ni que fueras Sherlock Holmes.

El reportaje incluía tres parajes distintos de la sierra que fueron un día idílicos lugares de vacaciones y que ahora padecían las desventajas del progreso. Así lo definió la presentadora: desventajas del progreso. Si lo buscas en internet, quizá aún lo puedas encontrar. Ahí verás a Gaspar con el jersey lleno de pelotillas esforzado en contar que el hombre no puede limitarse a ser un depredador de la naturaleza, sino que está obligado a devolver con generosidad lo que recibe de ella.

Mi madre se deshizo en elogios hacia Gaspar. Decía que hablaba muy bien y que tenía muy buena imagen. Deberías dedicarte a eso, porque en la tele cada vez sale menos gente que sepa hablar, argumentar, explicarse. Todos son gritos y becerradas, da asco. ¿No te han ofrecido nunca trabajar en la tele? Gaspar no llegó a contestar porque Yolanda se adelantó para desinflar el entusiasmo de mi madre. Anushka, no le engordes más el ego que ya lo tiene bastante desarrollado.

Martín y yo habíamos seguido con interés el reportaje. Queríamos saber si decían algo de la cantera, pero solo la enseñaban de lejos, sin actividad. No hablaron de los sabotajes a la maquinaria y eso me tranquilizó. Martín tampoco estaba muy hablador. Se quejaba de que no podía contactar con sus amigos sin el móvil y que a lo mejor había pasado algo importante. Pero no logró la piedad de su madre. Noté que se esforzaba al hablar por pronunciar las eses líquidas mejor que otras veces, como si la mención de Ros le hubiera afectado muy adentro.

Cenamos el pollo con las manos. Como los romanos, decía Gaspar. Yolanda trajo de la cocina un rollo de papel y era cómico ver cómo Lucía trataba de no mancharse de grasa más que la mínima porción de la yema de los dedos. Cuando de pronto sonó el móvil de Gaspar, él tardó en cogerlo un buen rato hasta limpiarse las manos. El móvil bailoteaba sobre la mesa, a la vista de todos, anunciaba la llamada entrante de un número desconocido. Gaspar contestó y a todos nos extrañó el cambio de su tono. Se puso serio de pronto y sonó entonces más adulto, quizá como era en realidad, cuando no se relajaba frente a nosotros. Claro, claro, por supuesto, decía, y hasta Yolanda comenzó a gesticular para intentar sonsacarle quién le hablaba desde el otro lado de la línea.

Era el alcalde, nos dijo tras colgar. El alcalde de Pinares de San José. La Navilla pertenecía a ese término municipal, aunque era una colonia autónoma y nosotros al pueblo no subíamos más que en fiestas o por alguna compra urgente. Quedaba varios kilómetros por encima de la estación y el alcalde era un completo desconocido para nosotros. La única autoridad en La Chopera era un guarda que paseaba para vigilar que nada raro ocurría en los chalets. Hubo una época de robos o de pandillas que se colaban por las noches a hacer fiestas en las casas vacías. Pero aquel lugar ya ni siquiera era objeto de deseo de ladrones o gamberros.

Me ha visto en la tele, dijo Gaspar. Quiere conocerme en persona, explicarme su versión, según me ha dicho. Sonaba simpático, pero un poco amenazante, la verdad. ¿Y qué le has dicho? Qué le voy a decir, pues que sí. Hemos quedado mañana, que me paso mañana por el Ayuntamiento y así me conoce. ¿Te parece mal?

Yolanda, que era a quien iba dirigida la pregunta, no dijo nada. Lucía preguntó que de qué partido era el alcalde, y le explicaron que en esos pueblos los partidos no pintan mucho. La gente elige a un representante local en función de sus simpatías personales. ¿Cuántos habitantes tendría el pueblo? Nadie lo sabía decir a ciencia cierta. Ni Yolanda ni mi madre votaban porque no estaban censadas allí, sino en la ciudad.

Pero Lucía tardó un minuto en ofrecernos toda la información. El pueblo tenía censados 1.180 habitantes. El alcalde había sido elegido por 357 votos de un total de 754 y era la cuarta vez consecutiva que ganaba con mayoría absoluta las elecciones municipales. Lucía se adueñó de la atención de todos y recitaba datos que obtenía en su móvil mientras deslizaba los dedos por la pantalla. El alcalde se llama José María Molinos Turrión y mira, mira, aquí está su foto oficial. Dios mío.

Nos arremolinamos en torno al móvil de Lucía para verlo. Era una foto todo lo favorecedora que podía ser cuando se tenía una cara así. Se oyeron risas, la mofa general, sus mofletes parecían dos recortes de panceta. Pues a este es al que vas a conocer mañana, te vas a divertir. Seguro. Y entonces Gaspar preguntó si le iban a dejar solo, pero mi madre y Yolanda se negaron en redondo a acompañarle a la reunión. Tú te has metido en esto solito, pues ahora sales solito. ¿Y tú, Lucía? Ni de coña, conmigo no cuentas. Entonces Martín se atrevió a ofrecerse en su nombre y en el mío. Si quieres, nosotros vamos contigo. Claro, claro, vete con los chicos, te darán un aire más de dominguero inofensivo, le dijo Yolanda. Pese a ser víctima de las bromas, era imposible no ver un cierto brillo en la mirada de Gaspar. Te puedo asegurar que en el fondo de su mente estaba convencido de que con su acción sería capaz, quién sabía, de detener la cantera, recuperar el río, salvar la sierra. Si estás pensando que Gaspar tenía un punto de inocencia bajo su barba canosa y su aire profesoral, aciertas de pleno.

CAPÍTULO 5

MIÉRCOLES SANTO

*Nada hay oculto que no haya de descubrirse
y nada hay escondido que no llegue a saberse.*

El Ayuntamiento estaba en la plaza, frente a la iglesia. Pinares de San José no era un pueblo con historia, si es eso lo que imaginas. La iglesia era moderna, de ladrillo rojo y vidrieras sin la belleza que da la antigüedad. El edificio del Ayuntamiento tampoco era señorial, más ladrillo rojo y cristalerías amplias con alguna columna redonda blanca que le daban un aire de instituto anodino o ambulatorio de barrio nuevo. Lo mejor del pueblo eran cinco o seis casas, centenarias, con árboles enormes, el cemento gris tomado por la enredadera y vallados algo decadentes pero hermosos. La parte vieja eran dos calles y el resto, una colección de chalets cada uno de un estilo a cual más disparatado. Si seguías la calle principal arriba, te encontrabas una cancha de tenis y baloncesto y una casa rural especializada en campamentos escolares.

El día era frío y nublado y eso le daba al pueblo un aire aún más lóbrego. En el coche, Gaspar nos había pedido que no habláramos, que dejáramos que el alcalde se desfogara. Estaba seguro de que le caería una buena bronca por salir en la tele con críticas a las autoridades del lugar, por eso lo inteligente era no enfrentarse, permitir que el alcalde contara su versión edulcorada y adiós muy buenas. Martín y yo esperábamos una lucha más intensa, pero Gaspar insistía en que lo que tocaba era sacar información y guardar las mejores cartas para cuando llegara la hora de jugarlas.

El Ayuntamiento estaba atendido por una mujer que levantó la cabeza cuando nos vio empujar la puerta de cristal. Chema ha llamado, que llega en cinco minutos. Chema era el alcalde. Vaya nombre para un alcalde. Nos quedamos en ese recibidor amplio, miramos la cartelera con los horarios del médico visitador, el anuncio de venta de algún chalet, la propaganda de un reparto de leña y la lista de las misas de Semana Santa. Yo le había preguntado a Martín si no temía que de la cantera ya hubieran informado al alcalde sobre el incidente de los dos chicos y el guardia de seguridad. Pero Martín sonrió y me dijo: No seas cagón.

Cuando Gaspar vio la foto del equipo de fútbol del pueblo, me preguntó por mi entrada en la cantera del Madrid y añadió que no debía descuidar mis estudios. Solo uno de cada mil llega a profesional, pero me pareció que dijo la cantidad sin tener demasiados datos. Le prometí que seguiría con los estudios,

pese a los entrenamientos diarios. ¿Diarios? Eso le sorprendió y me miró con intensidad antes de hablarme de nuevo. Creo que la gente se toma demasiado en serio el fútbol, te diría que ese es un gran problema nacional, la verdad.

Chema tendría sesenta años y el rostro endurecido por el aire del campo. Los mofletes encarnados le daban un aire simpático e infantil. Llevaba un jersey anudado al cuello por encima de la camisa de rayas y el anorak en la mano. Calvo, sin embargo le salían mil pelos por el pecho y los puños de la camisa. Martín le apodó Chemacca, porque decía que se parecía al *wookiee* peludo de *Star Wars*. Me lo dijo en voz baja y me reí. Más que abrazar, se abalanzó sobre Gaspar, desparramaba una cortesía campechana de esas que inmovilizan. Es un honor tener a alguien famoso por aquí. ¿Son tus hijos? Casi, este es hijo de mi pareja y este es el chico de su mejor amiga, ellas son las que llevan toda la vida viniendo por aquí. Con esa explicación Gaspar se quitaba un poco de presión de encima. Claro, dijo el alcalde, es que yo no te ponía cara cuando te vi en la tele y, bueno, llamé al canal, y me pasaron tu contacto, porque quería conocerte.

Nos invitó a entrar en un cuarto que parecía la sala de juntas. Al fondo había una mesa larga con una maqueta que ocupaba casi toda la pared. Se extendió en algunas explicaciones sobre lo duro que era ser alcalde de un lugar así, ni un euro, ni dietas, ni nada de nada, esto es un marrón de la leche, todo por vocación de servicio. Tiene vocación de váter, me susurró Martín. Pero chico, yo soy un enamorado de este paisaje, de estas montañas, siguió el alcalde, como vosotros, supongo, y nos guiaba hacia la maqueta presidida por la bandera de España, la de la Comunidad de Madrid y la europea, las tres allí presentes para dotar al espacio cutre de un aire de institución mayúscula.

Nos explicó que la maqueta correspondía al proyecto de un parque acuático asociado a la futura recuperación del río. La miniatura incluía toboganes y túneles de recreo sobre una piscina natural construida en el curso del río, y alguien se había tomado la molestia de situar muñequitos tumbados en el césped y en los jardines diseñados al pie de la chopera. Una playa fluvial, nos dijo, puro empeño mío por recuperar el río y sobre todo por volver a llenar esta zona de chavales, de gente orgullosa de veranear por aquí. Este es mi proyecto más ambicioso, el parque acuático, que además no nos va a costar un euro porque de su financiación se va a hacer cargo la empresa que explota la cantera. Pagar este despliegue sería demasiado costoso para un vecindario tan limitado como el nuestro, así que la colaboración con la empresa privada es una exigencia a modo de devolución por el beneficio que obtienen de la piedra de nuestra montaña. Es un «tú me das, yo te doy», que para mí es la clave de la relación entre los

empresarios y la ciudadanía, ¿no te parece?

Martín y yo nos evadimos un poco de la conversación de Gaspar con el alcalde. Esto mola, dijo Martín, porque le entusiasmaba la idea de que limpiaran por fin el río y además se levantara ese parque. Yo no podía evitar pensar que mi madre se iba a deshacer de nuestra casa justo cuando se aproximaba un futuro tan prometedor como mostraban la maqueta y el discurso del alcalde. Martín no parecía darse cuenta de mi estado de ánimo, seguía con sus bromas entre dientes y hacía fotos con mi móvil a la maqueta para enseñar en casa. Lucía y mi madre van a alucinar cuando lo vean. Aunque yo sospechaba que también le enseñaría esas fotos a Ros para consolidar su complicidad.

Chema no dejaba de hablar y señaló en un mapa la futura localización del parque acuático. Justo en La Navilla, dijo, y le tocó el hombro a Gaspar. Vuestra zona. Os han venido a ver los Reyes Magos, tus amigos Melchor y Baltasar. Gaspar no le tuvo en cuenta la bromita, pero dejó caer algo en referencia a la casa de Los Rosales. Fue fácil ver cómo el alcalde cambiaba el tono y repetía obcecado, ah, no, no, eso no es así. Explicó que la expropiación estaba firmada, aprobada por todas las partes, que había pasado los controles de la Comunidad y que si estaban pendientes del desalojo era tan solo por la resistencia de un okupa. Así llamó a Ros. Entonces Martín intervino. Dijo que Ros no era un okupa, que la casa era de su familia. A Chema le sorprendió que conociéramos a Ros y eso le puso de un humor bronco. A ver, ese tipo es un delincuente, que nada más salir de la cárcel se presenta allí, se aprovecha del vacío legal y, sin pagar ni el agua ni la luz ni ningún gasto común, dice que aquello le pertenece por herencia familiar y se niega a aceptar lo que ya había firmado y cobrado su madre. Vamos, un escándalo. Pero eso ya está judicializado y es cuestión de semanas que se proceda al desalojo por las buenas o por las malas. Y al día siguiente, la demolición. Eso como que yo me llamo Chema, ya te digo.

La cantera terminaría por comerse la casa de Ros y a cambio el pueblo y las colonias de chalets de la zona podrían disfrutar de un parque acuático cuando el río estuviera descontaminado. El alcalde nos dijo que ahora había técnicas para la limpieza del curso del río que no existían años atrás. La tecnología en nuestros días es increíble. Lo explicó cuando Gaspar le preguntó que por qué no se había limpiado antes. Vamos a traer turismo, a recuperar el vecindario, que va languideciendo poco a poco, vamos a lavarle la cara al lugar y si para eso hay que sacrificar la montaña, pues poco sacrificio me parece, la verdad. Por suerte, en esta región estamos rodeados de montañas. Mira, allá donde vosotros paráis, en La Navilla, cada año se abandonan más chalets, esto se va a quedar en un

pueblo fantasma si no hacemos algo. La España vacía, habrás oído hablar de ese concepto. Me pareció que el Chemacca pronunciaba *concelto*, pero era imposible estar seguro porque no paraba de hablar. ¿Sí o no? ¿Estás de acuerdo conmigo? Gaspar asintió, pero cuando criticó la cantera, el alcalde le corrigió. Medio censo de este pueblo vive directa o indirectamente de la cantera. Una persona, por más chula que se ponga, no tiene derecho a jugar con el bienestar de los demás. El tal Ros está en situación ilegal y además se dedica a actos de sabotaje, anda que no les ha fastidiado con la maquinaria, el camino, con todo, hasta broncas ha tenido con gente del pueblo y más de una vez hemos tenido que mandarle a la Guardia Civil porque se ha encarado con operarios de la cantera.

Gaspar no quería prolongar demasiado la conversación. Confesó, para tranquilizar al alcalde, que él ni tan siquiera conocía al tal Ros. Ambos se referían a él así, el tal Ros. Chemacca dedicó un rato más a enumerar las ventajas del desarrollo turístico y comercial, la recuperación ecológica, la política de inversiones. Solo se puso un poco impertinente cuando nos acompañaba hacia la puerta de salida y dejó caer que lo que menos necesitaba el pueblo era que alguien de fuera manchara su buen nombre en los medios de comunicación. Sobre todo sin conocer la verdad. Porque la verdad tiene muchas caras, añadió, no hay que quedarse solo con el paisaje, hay que rascar un poquito la superficie para llegar a la profundidad. Del paisaje no se come.

Gaspar estuvo serio en la despedida. Le sentaron mal las insinuaciones del alcalde que lo presentaban como un forastero bienintencionado pero desinformado. Por eso en el coche, ya de vuelta, él también empezó a llamarlo Chemacca. El Chemacca ese, decía, a mí me va a dar lecciones, a mí me va a amenazar, ja. Pero sonaba a desahogo en la distancia, porque bajo la simpatía arrolladora del alcalde, Gaspar no había logrado sacudirse un aire de sumisión educada.

A todos estos alcalduchos de pueblo los cortan por el mismo patrón. Son de libro. Corruptos hasta la médula. Cuando Yolanda le escuchó definir al alcalde como un bruto, vulgar, fullero de poca monta, ella le reprendió. No juzgues a quien no conoces, a veces esta gente del pueblo tiene poca cultura y lo que quieras, sí, pero hace cosas, cosas que nosotros no hacemos porque venimos de tanto en tanto y luego nos volvemos a la ciudad sin preocuparnos demasiado de lo que significa vivir aquí todo el año.

No seas ingenua, Yolanda, todo ese rollo del parque acuático, de salvar el río, a este tipo le importa tres carajos. Me juego el cuello a que se mete en el bolsillo un buen pellizco de las ayudas públicas, del dinero que esos de la cantera dicen

que dedican a la protección ecológica a cambio de seguir con la explotación.

Lo raro es que Ros no le haya arrancado la cabeza a ese alcalde.

Eso es lo que dijo mi madre, de pronto, cuando durante la comida Gaspar le habló de su encontronazo con la autoridad. El Chemacca era el centro de la conversación. Mi madre se había unido tarde al grupo, pero al escuchar las opiniones del alcalde sobre Ros dijo aquella frase y se quedó callada, con un gesto algo enigmático. Lo raro es que Ros no le haya arrancado la cabeza a ese alcalde.

¿Tú también lo conoces? La pregunta de Martín a mi madre desplazó el foco desde el alcalde hasta Ros. Mi madre alzó un hombro y recordó al Ros al que ella y Yolanda habían conocido, de chicos. Era guapísimo, dijo. Yolanda añadió una risa irónica. Y se fumaba hasta las plantas de tomillo. Eso también. Las dos se miraron y parecieron revivir a aquel chico adolescente que un día fue Ros. Como si se le ocurriera de pronto, mi madre se volvió hacia Gaspar y le propuso que fuera a verlo, quizá él le contaría una versión diferente, quizá Gaspar podría ayudarle a resolver sus líos administrativos, a salvar la casa condenada a la demolición.

Sería una pena que se cargaran esa casa, que ha sido lo más bonito que había por aquí. Pero a Gaspar la idea de ir a ver a Ros le espantaba. Decía que era meterse en la boca del lobo. Es un tipo violento, según parece. No tengo ni puta gana de meterme en medio de su guerra. Al oír la palabrota, Lucía extendió la mano y exigió a Gaspar un euro de multa. Él, a regañadientes, rebuscó en su bolsillo y se lo dio. Mi madre preguntó: ¿Qué pasa?, ¿qué hacéis? Entonces le expliqué que en casa de Martín a quien decía un taco se le multaba con un euro. Ah, dijo ella, pues me parece una idea estupenda. Si yo lo hubiera hecho contigo y con tu padre, a lo mejor ahora sería rica, ¿verdad, Tomás?

Aquella tarde, cada vez que mirábamos hacia la casa de Los Rosales en la ladera del monte, ni Martín ni yo podíamos ocultar la tristeza al pensar que pronto ya no estaría allí. Envuelta en la bruma del día nublado aparentaba diluirse en el aire, como sucedería en nuestro recuerdo algún día. De la chimenea brotaba un humo espeso, más vivo que los días anteriores. Seguro que Ros calentaba la casa para la llegada de su hija, que nos había anunciado en el último tren de aquella tarde. Hubiéramos querido acercarnos a curiosear después de comer, pero Yolanda, con la complicidad de mi madre, se había puesto estricta y nos exigía leer lo que no habíamos leído en ninguno de los días que llevábamos de vacaciones. De hoy no pasa, os sentáis ahí tranquilos y no os movéis en toda la tarde, que fuera hace un frío que pela.

De mala gana, Martín recuperó su libro y yo busqué en las estanterías algo que me apeteciera leer. Yolanda dejaba su caballete en una esquina del salón y tapaba con el trapo sucio el lienzo. No me resistí a levantarlo y cotillear. Las cosas cuando están ocultas atraen más la mirada y debajo del trapo el lienzo me sorprendió. Al mirarlo de cerca, las pinceladas eran bravas, casi echadas a bulto. Ella se dio cuenta de que me distraía y volvió a repetirme que era hora de leer. Como no acababa de decidirme por ninguno de los tomos que asomaban en la estantería, Lucía se levantó y me sacó una novela de su cuarto. Mira, a lo mejor esto te interesa, si es que no te has empezado a convertir ya en el típico futbolista chulito e ignorante que antes que leerse un libro se tiraría por la ventana de un rascacielos.

Cuando cumplimos con la tarea, Martín pidió permiso para salir a dar una vuelta en bici. Yolanda no se opuso, aunque nos abrigó como si fuéramos a la Antártida y nos advirtió de que volviéramos antes de que cayera la noche. Sabíamos dónde queríamos ir. Nos acercamos a la estación y miramos desde lejos hacia los andenes. No había nadie, parecía una estación fantasma. No estábamos seguros de haber llegado a tiempo del último tren, pero escuchamos un ruido extraño, como de moto acatarrada, y entre la bruma apareció la Montesa de Ros. No se detuvo hasta llegar frente a las escaleras de acceso a las vías y dejó la zona perfumada de gasolina quemada. Plantó la moto en la pata de cabra y caminó hacia el andén con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora.

Cuando llegó el tren de cercanías permanecimos expectantes. Él no podía vernos, porque estábamos arriba del túnel, entre las rocas. Se bajaron cuatro o cinco personas y Ros se acercó a una de ellas, a una chica sola, con una mochila al hombro. Desde la distancia no llegábamos a verle la cara, tan solo el pelo rizado que parecía flotar sobre ella cuando caminaba. Llevaba una bufanda naranja enorme y gruesa, anudada al cuello. Ros y ella se dieron un beso frío en la mejilla, allí junto a las vías. En la distancia los cuerpos hablaban con claridad expresiva. Ella no inclinó el suyo hacia Ros. Él le señaló las escaleras con el brazo extendido. Solo en ocasiones se atrevía a tocarle el codo para guiarla. Ros se sentó delante en la moto. Luego la ayudó a subirse. Ella no se cogió a la cintura de él, mantuvo las manos sobre sus propios muslos pese al golpe de inercia al ponerse en marcha. Dejaron atrás al alejarse una nube de polvo que se mezcló con la neblina y el humo azul del tubo de escape. Los perdimos de vista. Martín y yo nos quedamos en el frío húmedo. Dicen que cuando se hace un silencio largo entre dos personas es que ha pasado un ángel. Pues por allí pasó

un ángel, aunque quizá con las alas congeladas.

CAPÍTULO 6

JUEVES SANTO

*He aquí mi hijo,
que había muerto y ha vuelto a la vida;
se había perdido y ha sido reencontrado.*

¿Me crees si te digo que a veces siento bien que te rompan un huevo en la cabeza? Al menos es lo que pensé cuando esa mañana me crucé con Lucía, bien temprano, que le llevaba a su madre el termo con té y una caja de galletas. Estaba tan envuelta en abrigos que ocupaba dos veces su grosor. ¿Me acompañas? Mi hermano aún no se ha levantado. Yo dejé de correr y caminé a su lado, pero levantaba las piernas para ejercitar con las pesas en los tobillos. Lucía no se rio de mí, aunque en esta ocasión lo tenía fácil. Al revés, me habló del libro que me había prestado para leer el día anterior. Por la noche, me lo había llevado a casa. Si te gusta, el mismo escritor escribió unos cuentos que hablan de dos hermanos medio locos y que están muy bien, aunque nunca acabas de entender del todo lo que les pasa. A mí me parecía raro que me recomendara para leer algo que no acababa de entender ni ella misma. Pero me lo aclaró. Esa es la gracia, ¿no? Si lo entiendes todo quizá no merece tanto la pena leerlo.

Yolanda, al vernos aparecer, dejó los pinceles en la bandeja del caballete y se limpió los dedos con el trapo. El cuadro había avanzado y ya los brochazos reproducían con precisión los márgenes del monte y el cielo. Apenas se reconocían los trazos iniciales hechos a lápiz de la pared escalonada que dejaba el avance de la cantera.

Bebió del termo y fue ella la que preguntó por Martín. Aún duerme. Estaba pensando, dijo, que quizá podríamos levantarle el castigo, así podría mensajearse con sus amigos, sé que eso le tiene amargado. Pero Lucía se negó. Que se fastidie, al menos, durante las vacaciones. Aquí también tiene amigos, y me señaló a mí. Se bajó la cremallera del abrigo acalorada por el enfado. Me fijé entonces en sus tetas, incluso bajo el jersey se perfilaban grandes para lo fina que era de cara. Puede que fuera eso lo que Martín quería ver cuando escondió el móvil en la lámpara, me imaginé.

Yolanda le rogó que no fuera tan dura con su hermano. Él es el duro, se quejó Lucía. Con vosotros se hace el pequeño, pero a mí no me engaña. Es más fuerte de lo que parece. Siempre ha sido así. Me acuerdo de cuando papá estaba ya muy enfermo y débil. Yo no me atrevía ni a tocarlo, pero ¿te acuerdas de Martín? Se le subía encima en la silla de ruedas, se le agarraba al cuello. ¿No te acuerdas? Y no lloró, nunca, ni siquiera después, cuando pasó todo.

Lucía hablaba de aquella etapa en la que su padre enfermó y murió despacio. Un periodo que yo no recordaba, casi diez años atrás. Mi madre me contó que sufría una enfermedad llamada ELA. Lucía le insistía a Yolanda sobre el detalle de que Martín no había llorado ni una lágrima cuando la muerte del padre. Pero yo jamás había visto a Martín llorar. Ni siquiera si se caía de la bici o cuando se cortó la planta del pie con un cristal en verano, cerca de la poza del río. Yolanda no quería discutir con su hija, así que no insistió en lo de levantarle el castigo. Estaba de buen humor porque su hija se hubiera acercado a llevarle el desayuno. Aunque Lucía nos aclaró el misterio: Gaspar le había dado un billete de diez euros para convencerla.

Martín se tomó su tiempo entre desperezarse y desayunar. Gaspar trabajaba al ordenador. Cada día, durante las vacaciones, Yolanda les hacía llegar a sus alumnos una pintura inspirada en la Semana Santa. Ella elegía la reproducción y preparaba la corta ficha explicativa, pero Gaspar se encargaba del envío colectivo por correo electrónico. Ella no se manejaba bien con los ordenadores, él sí. Gaspar miraba la pintura de ese día mientras confirmaba que el correo procesaba los envíos. Pobres alumnos, ni en vacaciones los deja descansar, me dijo. En la pintura se veía a Jesucristo con una túnica muy roja. Su rostro brillaba rodeado en lo oscuro de caras y más caras de gente que iban a presenciar el momento de crucificarlo. El pie de Cristo también relucía blanquecino al lado del tipo que asentaba la base de la cruz en el suelo. Era curioso lo de contar el suceso tan conocido en su fase previa. Yolanda dice que es una obra maestra, pero no sé si es tan bueno, la verdad. Yo no entiendo nada de pintura, se quejó Gaspar. Ni yo, le dije, por si eso lo consolaba.

Martín y yo fuimos a por las bicis. Los sillines estaban mojados del rocío de la noche y los secamos con la manga del abrigo. Enfilamos hacia el camino de Los Rosales. Teníamos curiosidad por conocer a la hija de Ros y cumplir el encargo de sacarla y distraerla. Cuando íbamos a llegar al sendero de la cantera, un coche nos sorprendió a la espalda y nos echamos a un lado. Era el todoterreno de la Guardia Civil. Al cruzar a nuestra altura, uno de los guardias nos miró a través de la ventanilla. Yo disimulé mientras comprobaba el estado de la cadena. Pero Martín le aguantó la mirada. Vimos cómo el coche se paraba a la altura de la casa de Ros y la pareja descendía, así que nos alejamos de allí. No queríamos que los guardias nos relacionaran con él.

A lo mejor han ido a detenerlo, dijo Martín. Nos quedamos al otro costado de la ladera. La visita no fue larga, pero incluso después de que los guardias volvieran al coche y se alejaran de la finca dejamos pasar un rato. Le conté a

Martín que su madre quería levantarle el castigo, aunque su hermana se resistía. Yo creo que en un par de días habrá cedido, aventuré. Pero él se encogió de hombros. Mi hermana es imbécil, tienes suerte de no tener hermanas.

Mi padre tenía dos hermanas y para él, en cambio, era una suerte tenerlas. A menudo me dejaba con ellas y mis primos. Eran agradables y cariñosas. Uno de mis primos tenía parálisis cerebral y yo veía a mi tía Mercedes desvivirse por él, sin importarle que al crecer y hacerse mayor fuera difícil lograr dominarlo. Yo la ayudaba si andaba cerca y trataba de jugar y entretener a mi primo, que tenía una risa fácil y perpetua. Pero dentro de mí sentía pánico a sus cambios de humor, a su comportamiento impredecible. Me aterraba la reacción que encadenaría a su siguiente gesto. Supongo que a todos nos aterra no saber lo que nos espera cuando estamos frente a alguien.

Ros salió a nuestro encuentro en la verja al oírnos llegar con las bicis. Se mostró más acogedor que los otros días, aunque no pudo ocultar el gesto de fastidio cuando nos dijo que mejor viniéramos en otro momento. Al parecer, a Danae no le apetecía salir. Tiene que asentarse un poco, está dentro con su móvil y eso. Mi hermana es igual, dijo Martín, no sale de casa. Ros nos invitó a volver al día siguiente. Veníos a comer y preparo algo aquí para todos, ¿vale? Puedo hacer una paella, eso os gusta, ¿no?

Nos alejamos por el camino de tierra. Nos volvimos a mirar hacia la fachada cuando escuchamos una ventana que se abría. Al oírnos, Danae levantó la cabeza y nos miró, los rizos le tapaban el ojo derecho. Martín no dijo nada, pero yo susurré algo muy tonto. Es ella. Pues claro, dijo Martín. Luego Danae cerró el cristal esmerilado, sin mayor curiosidad por los dos chicos que la miraban más allá de las ramas con espinas de los rosales.

Planeamos qué decir a nuestras madres para al día siguiente escaparnos a la hora de comer. A mi madre le sonó raro que quisiéramos hacer una larga ruta en bici. Sabía que a mí no me gustaba mucho montar. Para ablandarla y que nos diera permiso la ayudamos un rato a guardar en cajas los vasos y los platos que quería llevarse. Cada pieza la envolvíamos en una hoja de periódico. La noche anterior se había traído de casa de Yolanda los que Gaspar acumulaba ya leídos. ¿Veis cómo los periódicos siguen siendo muy útiles?, había bromeado Gaspar. Cuando mi madre estaba a punto de envolver una foto antigua enmarcada tras un cristal, la sostuvo ante la vista. Mira, Martín, aquí sale tu madre con quince años.

En la foto había un grupito de chavales. Mi madre también salía, pero no al lado de Yolanda, a la que tenía cogida por la cintura un chico de su edad, o poco mayor, con el pelo largo. Este era tu padre, le señaló mi madre a Martín, que

miró interesado ese rincón de la foto. ¿Ya eran novios tan jóvenes? Mi madre asintió.

Sergio no era de aquí, no tenía casa, pero venía a ver a tu madre algunos fines de semana. En tienda de campaña. Entonces había un camping bastante cerca del río. Antes de que lo contaminaran venía mucha gente desde Madrid.

Qué pintas.

Supongo que Martín lo dijo para no mostrar ninguna emoción más comprometedora ante la visión de su padre. No sé. El caso es que mi madre sacó alguna foto más de los cajones y nos ofreció un recorrido por su infancia, con imágenes de ella en el río con mis abuelos, con su triciclo, con el cepillo mientras peinaba a una muñeca o mientras mordisqueaba una raja de melón vestida tan solo con la parte de abajo del bikini cuando no tendría más de tres años. En algunas salía Yolanda, que ya tenía de niña la misma mirada inteligente y negra de hoy. Una mirada que parecía reconocerlo todo, como si fuera a pintarlo de memoria un rato después. Nosotros también fuimos jóvenes, ¿qué os creáis? Y entonces mi madre señaló a alguien en otra foto desteñida.

Mira, este es Ros, que el otro día preguntabais. El de la casa junto a la cantera. Mi madre lo dijo como si nos costara ubicarlo. Qué patillas. Ya era un poco macarra, lo describió mi madre. Trabajaba en un taller. ¿Tan joven? En la foto no tendría más de catorce años, apoyado en una moto al lado de mi madre y con dos o tres chicos más. Se quedó huérfano de padre y se puso a trabajar, y yo también, no mucho después, rememoró mi madre en voz alta. El mundo está hecho al revés. Las decisiones más importantes de la vida las tomas cuando no tienes ni idea aún de en lo que consiste y para cuando ya tienes la experiencia, está todo decidido. Al decirlo, a mi madre la invadió una de esas tristezas profundas que intentaba disimular con una sonrisa algo patosa, como la de los niños antes de echarse a llorar. Fuera se había puesto a llover con fuerza y los cristales se llenaron de gotas de agua. Se oía gruñir el canalón.

Me parece que, con esta lluvia, poca excursión vais a hacer mañana.

Llovió sin parar toda la tarde. Suerte que Gaspar se apiadó de nosotros y nos prestó el ordenador. Eso nos permitió distraernos durante el encierro. Habíamos ido hasta su casa con dos paraguas viejos que mi madre pensaba tirar. Dejádselos a Yolanda, que siempre hay un día en que hacen falta. Estaban viejos y pasados de moda, pero aún resguardaban de la lluvia.

A Yolanda no resultó fácil convencerla para que nos diera permiso para salir de excursión al día siguiente. Volveremos por la tarde, nos llevamos unos

bocatas y ya está. Pero a ella, según nos explicó, lo que más miedo le daba eran las bicis por la carretera. La gente va como loca y si hay una distracción el que lo paga es el que va en la bici. Mamá, tú siempre nos cuentas que a nuestra edad os ibais por ahí a donde os daba la gana, hacíais excursiones de varios días con sacos de dormir y tiendas de campaña, protestó Martín. Y ahora resulta que nosotros no podemos ni salir un día a comer de excursión. Antes no había tanto loco suelto, se justificó ella. Y en la cantera trabaja mucha gente, hay camiones todo el rato, no sé. Yo le prometí que estaríamos localizables en mi móvil y hasta Gaspar se ofreció a acompañarnos, pero Lucía se echó a reír y le dijo que hacer una excursión con él al lado no era demasiado excitante. Una excursión contigo es más bien una salida escolar, dijo.

La frase de Lucía hizo reír a su madre. Esta niña ha heredado tu humor, solía decirle Gaspar, porque Lucía encontraba siempre una frase divertida y ácida que soltar en cualquier situación. Gaspar contó que había ido a misa esa mañana, porque era el día en que el sacerdote cumplía con el precepto de lavar los pies a los pobres. Con ese acto se recuerda la humildad, la hospitalidad de la religión, explicó Gaspar. Para vuestra información, el Chemacca estaba en misa sentado en primera fila, nos dijo. ¿Y le han lavado los pies?, pregunté. Mejor que no, se anticipó a responder Lucía, por las pintas le deben de oler a berenjena podrida.

Pese a su escapada a la misa, Gaspar de nuevo se quejó de que el telediario dedicara su tiempo a los timbales y las trompetillas de las cofradías de media España. Venga, y ahora Valladolid, claro, y con enviados especiales. Viva el periodismo español. Parecen del Ku Klux Klan, dijo Lucía al ver a los cofrades con el capirote. Gaspar le contó la anécdota de un jugador negro estadounidense que había fichado el Unicaja de Málaga años atrás. Al parecer cuando llegó para incorporarse al equipo de baloncesto le pilló la Semana Santa. Al ver a todo el mundo vestido con túnicas y capuchas por la calle se pensó que había venido a un país lleno de racistas desinhibidos y llamó a su agente para que lo sacara de allí cuanto antes.

Gaspar nos había quitado el ordenador para poder ver las noticias y Martín y yo nos entretuvimos grabando con mi móvil carreras de gotas de agua sobre el cristal de la ventana de su cuarto. Les poníamos voces y a cada gota le dábamos una personalidad. Ah, socorro, que me caigo. No, ahí viene esa gorda a por mí. Allá voy. Cada gota tenía una corta vida antes de deslizarse hasta el borde del cristal y fundirse en el reguero de agua donde ya era imposible distinguirla de las demás.

Después de cenar, Gaspar seguía empeñado en hacer averiguaciones en torno

al alcalde del pueblo. Búscame al Chemacca ese en internet, le pidió a Lucía, a ver qué se cuenta de él. Metieron el nombre y salieron algunos datos de sus empresas. En realidad no era agricultor, pese a la cara curtida que lucía. Era dueño de la fábrica de piensos y purines más grande de Las Navas. El nombre de la empresa era famoso en la zona, porque se veían muchos sacos con esa marca y también era el patrocinador que aparecía en las cutres camisetas de los equipos deportivos del pueblo.

Yolanda se asomó a la pantalla por encima del hombro de Lucía y nos contó que aquella era una de las fábricas que habían contaminado el río. Me acuerdo porque llegamos a hacer una manifestación frente a las vaquerías y también protestábamos contra la fábrica, nos explicó. Yo llevaba a cuestas a Martín, que acababa de nacer cuando empezaron los vertidos al río.

Muy típico, el mismo que contamina el río ahora cobra por limpiarlo, se quejó Yolanda. Mi madre le dio la razón. Lucía siguió el rastro de apellidos y nombres comerciales y encontró que el dueño de la cantera era nada menos que el cuñado del Chemacca, al menos eso decía un internauta anónimo en una de las páginas más visitadas. Salvemos nuestro río, se titulaba. El alcalde posaba en innumerables fotos de actos de inauguración y festividades variadas. En todas con su mejor sonrisa de felicidad. En la inauguración de una glorieta a las afueras del pueblo posaba con un pico al hombro. Algo huele a podrido en Dinamarca, dijo Gaspar. Pero yo no supe muy bien qué tenía que ver Dinamarca con aquello.

Es una frase de *Hamlet*. De Shakespeare. Ya sabes, el gran retratista de la corrupción humana.

A Yolanda le divertían las pesquisas de Gaspar y Lucía. Le encantaba ver a su hija entregada a una tarea de investigadora. Mezclaba las iniciales de los apellidos del alcalde y trataba de dar con empresas ocultas, tramas sospechosas. También buscaron algo que hiciera referencia a la casa de Los Rosales, algún expediente de expropiación o el juicio por el desahucio, pero no encontraron nada. Algo que no sorprendió demasiado a Yolanda. ¿Y qué creéis que vais a encontrar? Aquí el alcalde lo controla todo.

Esos tipos están especializados en hacer cosas ilegales pero que tengan la apariencia de legalidad. Y si algo no les sale o se escapa de su control, contratan a gente que les filtra la reputación en la red, que elimina las noticias negativas y promociona las versiones positivas. No seáis ingenuos. La gente antes se creía todo lo que salía por la tele, ahora se cree todo lo que sale por internet. La imbecilidad ni se crea ni se destruye, solo se transforma.

Supongo que, después de lo que te he contado de ellos, ya habrás entendido que a Gaspar y a Yolanda en el fondo no les gustaba estar de acuerdo y hacían esfuerzos por discutir. Era su gimnasia. Esta vez, Gaspar tampoco le dio la razón. Acusó a Yolanda de ser una derrotista. Una madre con hijos adolescentes no puede permitirse el lujo de ser derrotista. Es una coquetería. A Yolanda no le sentó bien el comentario. Y eso que Gaspar sabía decir las cosas con un punto de ironía que hacía imposible enfadarse con él. Pero Yolanda guardó silencio durante un rato y reparé en su gesto sombrío. Busqué el momento propicio para terciar entre ellos y rebajar la tensión. Les conté que mi madre nos había enseñado esa tarde fotos de cuando eran jóvenes.

Anushka, ¿quieres hundir nuestra imagen delante de nuestros hijos?, le preguntó Yolanda a mi madre entre risas. ¿Cómo se te ocurre enseñarles fotos nuestras?

Se han quedado locos con nuestras pintas, le contó mi madre. ¿Te acuerdas de los pelos que llevábamos? Ah, la laca. Y las hombreras. Hacían furor. Y cuando venía a verte Sergio con aquellas melenas, ah, pobre, pero se le veía tan enamorado de ti. ¿Te acuerdas de cuando llegó un fin de semana y nos habíamos teñido aquellas mechas imposibles? Es curiosa la obsesión que teníamos en aquella época con los pelos. Yo hablé de la foto de Ros, donde salía con aquellas patillas. Al oír el nombre de Ros, Yolanda señaló a mi madre. Pregunta, pregúntale a tu madre, a ella era a la que le gustaba Ros. Me volví hacia mi madre y ella se encogió de hombros, quitándole importancia a lo que sugería Yolanda.

Si éramos dos niños, dijo.

Sí, ya, niños, continuó Yolanda. No lo niegues, te gustaba mucho, porque te gustaban siempre los más chulitos. Menuda era tu madre. Me acuerdo del día en que toda sería me dijo: Para mí, en un chico, lo que es fundamental es que tenga moto. Que tenga moto y que me saque por ahí, lejos de aquí.

CAPÍTULO 7

VIERNES SANTO

*El cielo y la tierra
algún día serán pasado.
Pero mis palabras permanecerán.*

Ros cocinaba la paella con la misma agilidad con la que días antes alimentaba la fogata de rastrojos recogidos del jardín. Acababa de abrir un envase de cartón con caldo y al echarlo en la paella se produjo un estallido de humo que envolvió su cara. Martín y yo aguardábamos a que Danae volviera a asomar por la oscura puerta de la casa. Su padre la había enviado a la cocina a buscar la fuente con el arroz. Un rato antes, cuando habíamos llegado a la casa, ella salió a saludarnos por orden de Ros, pero no tardó en volverse hacia dentro. Tengo frío, dijo.

Era guapa, el pelo desordenado le caía por la cara pero no evitaba que de tanto en tanto aparecieran los ojos verdes para iluminarlo todo. Llevaba un jersey de lana al que estiraba de las mangas para que le sirvieran de guantes. Tenía frío, sí, pero entre otras cosas porque solo llevaba unos finos y cortísimos calcetines dorados que apenas asomaban por sus deportivas. No hablaba mucho, Danae se parecía en eso a su padre. Pero mientras él teñía de oscuro con un monosílabo la conversación, ella, tan solo con bajar por la escalera del porche y decir aquí está el arroz, le daba al día una propina de sol.

Ros me señaló un hormiguero cercano en el suelo, con gran actividad en su boca de acceso. Mira, cuando los hormigueros se abren es la señal de que no va a llover. Le había costado encender el fuego porque gran parte de la leña se había mojado con la lluvia de la noche anterior. Al despertar, dudé que el día nos permitiera mantener la mentira de nuestra excursión en bici. Sin embargo, el cielo abrió y salimos de casa con el plan previsto. Gaspar nos preparó dos bocadillos de tortilla con pedazos de jamón cocido y nos llenó las botellitas de agua. En cambio Yolanda, cuando nos besó en la puerta del jardín, lo hizo con esos besos que deben de dar las madres a sus hijos soldados cuando parten para la guerra.

Por el camino entre los chalets nos alcanzó el coche de mi madre. Se iba a Las Navas para encontrarse con un agente inmobiliario que gestionaba la venta de nuestra casa. Nos pidió, ella también, que fuéramos prudentes si salíamos a la carretera. Martín y yo dimos un largo rodeo de despiste, más allá de la estación. Nos turnábamos en relevos como los ciclistas profesionales y a la hora acordada pusimos rumbo hacia la casa de Ros. Ese día la cantera apenas tenía actividad y solo nos cruzamos con un camión que, con el remolque vacío, estaba aparcado

en uno de los lados del camino.

Dani, acércame la espumadera.

No me llamo Dani.

Danae es demasiado fino para mí.

Ya antes Danae había protestado por la insistencia de su padre en llamarla Dani. Ros nos confesó, cuando su hija no le oía, que Danae era un nombre que le recordaba a los yogures Danone, suena ridículo. Sin embargo en esta ocasión, pese al desplante con su padre, Danae no se volvió al interior de la casa, sino que se quedó junto al fuego. Puede que tuviera hambre y esperara con ansiedad a que la paella estuviera lista. Su padre le pidió que le avisara en quince minutos, era lo que necesitaba el arroz para cocerse en el caldo.

Martín le preguntó a Danae si era de Madrid. Ella precisó que vivía en Torreldones y, un poco a lo loco, Ros y nosotros dos soltamos la rima al unísono: pues nos tocas los cojones. Y nos echamos a reír estúpidamente. Hasta ella sonrió, pero con un cómico balanceo de cabeza que venía a exigirse paciencia frente a estos tres idiotas que le habían tocado en suerte. Con el tren de cercanías, dijo Ros, no tarda desde su casa hasta aquí más de cuarenta y cinco minutos. Por mí como si se tarda un minuto, ¿para qué iba a querer venir aquí?

Esto es más bonito de lo que parece, intervine yo, que había percibido el silencio de Ros tras el desprecio de ella. ¿Conoces el río?, le pregunté. El río está contaminado, ¿no?, respondió Danae. Solo un trozo, medió Martín. Mira que bien, se burló ella, y entonces intuimos que era mejor quedarse callados.

Poned la mesa en el porche, allí estaremos bien con la estufa de butano. Ros nos pidió que organizáramos las sillas alrededor de la mesa sobre la que había dejado dos bolsas de patatas fritas a modo de aperitivo. Danae nos trajo unas latas de refresco y abrió para su padre otra de cerveza. Ros bebía a un buen ritmo, posaba las latas lejos del fuego para que no se calentaran. Cuando sirvió el arroz, Martín y yo lo elogiamos, pero Danae no dijo nada, revisaba la pantalla de su móvil y respondía mensajes. Arrancamos varios intentos de conversación fallidos, hasta que ella se apartó con un manotazo una mosca que rondaba.

La primera mosca del año. Ros la recibió así. Danae trató de atraparla sin suerte con la mano fina que sobresalía de la manga del jersey. Su padre extendió el brazo y agarró un pelo de la despeinada melena de ella. ¿Puedo? Pero antes de que Danae alcanzara a responder, Ros tiró con suavidad y le arrancó el pelo. No entendíamos por qué hacía aquello, pero Ros alargó el pelo rizado de Danae y lo trenzó en un nudo. En un movimiento hábil atrapó a la mosca sobre la mesa con

la lazada y sujetó el cabello con la punta de los dedos. La mosca daba vueltas atada al pelo como si fuera un avión de juguete. Era extraordinario ver a una mosca esclava de un hilo invisible. Pero Danae no cambió el gesto torcido. ¿Este es tu numerito de circo?

Ros mantuvo un rato retenida a la mosca hasta que la soltó para dejarla marchar. Le señalé la moto que había logrado reparar, aparcada cerca de la puerta. ¿Es muy antigua? Me la compré con quince años, con mi primer sueldo. Y yo sospeché que sobre ella había ido sentada mi madre en aquellos tiempos. Danae recibió un mensaje en el móvil y tras leerlo compartió la información. Es mi madre, dice que puede venir a recogerme mañana, tiene el día libre y puede acercarse con el coche. ¿Mañana? A Ros le sorprendió la urgencia. ¿Qué prisa tienes? Hay trenes todos los días.

Aquí no pinto nada, y esa frase de Danae nos obligó a Martín y a mí a esmerarnos en buscar algo de lo que hablar con ella. Al fin y al cabo esa era la razón por la que Ros nos había invitado a comer, el favor que nos pidió días atrás cuando nos habló por primera vez de su hija. Si quieres podemos dar una vuelta y te enseñamos un poco la zona, propuso Martín. Yo añadí que teníamos una cabaña. Bueno, son cuatro ramas, le quitó importancia Martín, pero al menos sirvió para que ella se interesara por el tiempo que llevábamos viniendo a la sierra, si nuestras familias eran de aquí, si teníamos hermanos. Martín le dijo que su hermana acababa de cumplir diecinueve. Danae contó entonces que ella tenía un hermano, pero más pequeño. De otro padre, precisó, como si hiciera falta. De mi padrastro.

Martín, supongo que por salir en defensa de Ros, contó que al novio de su madre no le llamaba nunca padrastro. Suena fatal, ¿no? Padrastro. Parece el malo de una película de Disney. ¿Y cómo le llamas? Pues no sé, le llamo el novio de mi madre y si hablo con él, le llamo Gaspar. Ya, dijo Danae, pero es que yo tenía dos años cuando Paco se fue a vivir con mi madre, para mí es mi padrastro. Ros se levantó de la silla y bajó un poco la llama de la estufa de butano. Luego nos ofreció café como si fuéramos adultos. Quise ayudar a recoger, pero él se empeñó en hacerlo por su cuenta. Creo que quería que Martín y yo nos quedáramos un momento solos con Danae.

Preparó una cafetera humeante. En la mano libre llevaba cuatro tazas azules viejas y con desconchones. Danae nos acababa de decir que la casa por dentro estaba hecha mierda, se cae a trozos, tiene suciedad acumulada de años. No parecía impresionada como nosotros por esa casona en mitad del monte solitario. Ros propuso que echáramos un parchís. ¿Un parchís?, Danae parecía ofendida,

como si Ros la tomara por una niña pequeña. Me encanta el parchís, dijo él, ¿qué tienes en contra? Lo inventaron los indios en la Edad Media y, mira, hasta ahora. Pues eso, dijo ella, que es un juego de viejos. Cuando era pequeña jugaba con mi abuela.

Ros optó por otro juego. Sujetó con una goma una servilleta de papel en la boca de un vaso. Puso encima una moneda y con un cigarrillo encendido teníamos que abrir agujeritos en el papel sin tocar los agujeros anteriores. El que con su quemadura hiciera caer finalmente la moneda quedaba eliminado. A mitad de la primera partida Martín dio una calada al cigarrillo, para darle más vida a la brasa. Ros no dijo nada pero lo miró un instante. Después de caer eliminados yo el primero y luego Ros, quedaron Danae y Martín en el duelo definitivo. La partida fue lenta y emocionante. Ganó ella. Sospecho que Martín se dejó vencer para poner a Danae de buen humor.

Quizá por eso aceptó salir con nosotros a dar una vuelta. Ros se quedó en el jardín y no se acercó a la verja a despedirnos, pero incluso tantos años después recuerdo en su cara la mirada agradecida que guardo como una pequeña recompensa. Martín y yo empujábamos las bicis y Danae iba entre ambos como escoltada. No sabíamos adónde llevarla, pero era mejor no ir a la zona en que estaban nuestras casas, así que bajamos camino del río. Danae nos contó que apenas había tratado a Ros. Su madre se separó de él al poco de que naciera ella y luego su padre había estado dando tumbos por ahí. No mencionó la cárcel, solo dijo eso de dando tumbos.

Pero hace como tres años, cuando le dieron permiso de fin de semana, insistió en que quería verme. Le dijo a mi madre que tenía derecho, que no podíamos negarnos. Así que se presentaba algunos domingos por la mañana y yo odiaba tener que salir con él. Me llevaba a un parque y si hacía frío, a un centro comercial que hay cerca de mi casa. Yo ni le dirigía la palabra y alguna vez le monté el numerito. Le insultaba, le daba patadas, le gritaba que quería que me llevara a casa, que no quería estar con él. Un día me llevó al Parque de Atracciones y no me subí a nada, solo por joderle. Para que entendiera que yo no quería ser su hija, nunca. Sí, ya sé que me porté como una cabrona, nos dijo Danae al reparar en nuestra expresión seria. Aunque luego, poco a poco, pues ya le dejaba que me sacara algún día al cine o algo así, pero cuando yo quería, no porque él tuviera ningún derecho sobre mí, ¿entendéis? Nadie me puede obligar a tener un padre que yo no quiero tener, yo no le pedía nada, no quería nada de él, que me dejara en paz, solo eso.

Fue triste escuchar a Danae. Martín y yo ni siquiera nos miramos entre

nosotros, pero imaginábamos a Ros arrastrándose para lograr algo de cariño de una niña a la que apenas había visto durante los primeros diez años de su vida. No sé si le preguntamos algo concreto, pero Danae nos confesó que su madre le había contado cosas horribles de Ros, de su círculo de amistades, de su pasado, de sus problemas. Ahora a Danae su padre le daba más pena que otra cosa. Por eso había aceptado venir a verle unos días en Semana Santa, porque él se lo había rogado, le dijo que le quería enseñar la casa de la sierra, que era una casa preciosa. ¿Sabéis que piensa instalarse aquí todo el año? ¿Que tiene la idea de vivir ahí, perdido en mitad del monte? Hay un taller en no sé dónde en el que dice que le han ofrecido trabajo de mecánico.

Ros le había dicho a su hija, incluso, que algún día esa casa sería para ella. Pero Danae se preguntaba en voz alta para qué narices querría ella una casa así, aquella pocilga medio derruida en un sitio asqueroso como este. Martín y yo hubiéramos querido defender la sierra, pero costaba hacerlo con la cantera al lado y el río delante de nuestros ojos, con la espumilla blanca de la contaminación que flotaba en el agua. Martín le echó valor y se atrevió a llevarle la contraria a Danae. Fue cuando ella quiso explicarnos que en su opinión un padre es quien te cuida, quien está contigo cuando eres pequeña, quien se ocupa de ti. Para ser un padre de verdad no basta con dejar embarazada a la madre, acababa de decir ella.

Mi padre murió cuando yo era niño, dijo entonces Martín. Pero para mí siempre será mi padre. Aunque no lo tuviera cerca de niño ni lo tenga ahora. Estoy seguro de que hay muchas cosas en las que me parezco a él, muchas cosas que he heredado de él sin saberlo, que ni siquiera todavía sé. Mi madre a veces me dice que tengo gestos iguales a mi padre, algunas reacciones.

Eso es diferente.

¿Por qué?

No sé, lo tuyo es diferente. Ros ha estado en la cárcel.

¿Y qué más da?

Pues porque a mí el que me cuidaba era Paco, el marido de mi madre. Para mí Paco es mi padre. Es el padre de mi hermano. Me da igual que no me parezca a él, pero para mí es mi padre, mucho más que alguien que aparece un día de pronto y te dicen: Mira, este es tu padre.

Dejé que Martín y ella llevaran la conversación. Estaba de acuerdo con los dos. Cada caso es diferente, pensé. Y también pensé que lo que en realidad le sucedía a Danae era que aún tenía miedo de Ros, de lo que le habían contado de

Ros. Martín, como si me hubiera leído el pensamiento, se lo dijo. A lo mejor lo que te pasa es que Ros te sigue dando miedo.

No me da miedo, me da igual. Danae pronunció esa frase y nos dejó mudos. No conocíamos la intimidad de su relación, ni tan siquiera conocíamos tanto a Ros como para abogar por él con alguna solidez. ¿Qué sabíamos de su forma de ser, de su pasado, de su carácter? Tan solo podíamos contar que me había arreglado la cadena de la bici sin conocernos de nada. O podríamos confesarle cómo nos salvó del guarda jurado cuando nos colamos por la noche en la cantera. Pero ni Martín ni yo dijimos nada y dejamos que la sombra de Ros se diluyera, poco a poco. A mí Danae me parecía injusta, igual que antes me había parecido caprichosa. Si me preguntas la impresión que en ese momento tenía de ella, te diría que me parecía la típica chica que en su colegio no debía de ser muy popular, salvo para aquellos que, claro, estuvieran colgados por ella. Pero al mismo tiempo, a medida que hablaba, que se explicaba, la encontraba más cercana, más natural de lo que me había parecido a primera vista.

En el bolsillo del abrigo llevábamos los bocadillos y nos sentamos a comerlos entre los chopos. Uno de los troncos más gruesos estaba lleno de nombres y signos grabados en la corteza gris. Danae comía con bocados grandes y me preguntó por mi madre. Le dije que íbamos a vender la casa, que ya pronto dejaría de pasar las vacaciones en aquel lugar. Pues eso que ganas, ¿no?, y su pregunta quedó en el aire, sin respuesta.

Así que aquí es donde jugáis a las casitas, dijo Danae cuando la llevamos a la cabaña. Le enseñamos la pistola de balines regalo de Ros. Le contamos los vídeos que hacíamos para colgar en internet. Conocía a Cactus14. Una amiga de clase es medio prima suya y dice que gana una pasta con sus vídeos, nos contó. Yo le advertí de que Martín en su página solo tenía doscientos seguidores y él se picó conmigo. Tú ni tienes, así que no hables. Danae quiso que le contáramos qué tipo de vídeos hacíamos y le enseñamos el del váter que nos perseguía. Luego le explicamos nuestro proyecto de serie de torturas y lo de la quemadura de cigarrillo en la cara que habíamos querido grabar con Lucía. Martín le mostró el modo en que la tiritita escondía la placa metálica.

Danae se colocó el parche en la mejilla y propuso que lo hiciéramos con ella. ¿Es así? Pero se notaba demasiado la diferencia de color entre su piel y el plástico de la tiritita. Eso tiene arreglo. Se manchó las yemas de los dedos con la tierra del suelo y se las pasó por la cara, hasta tiznarse. Me recordó lo que Yolanda había hecho con el lienzo antes de ponerse a pintar. Danae se despeinó aún más los rizos y preguntó si así funcionaba mejor. Los ojos verdes, al sonreír,

se le achinaron y Martín dijo que funcionaba de coña y me pidió que preparara el móvil para grabar. Él sacó uno de los cigarrillos secos y lo encendió con dos o tres caladas en las que se hizo el interesante. ¿Tú no fumas?, me preguntó Danae, pero antes de que pudiera contestar Martín le dijo que yo era deportista. De mayor quiere ser futbolista profesional, nada menos, soltó con cierto desprecio. El comentario me molestó, pero lo único que quería era que Danae disfrutara del momento, se lo debíamos a Ros.

Ella decidió que yo no tenía suficiente aspecto de malo y que era mejor que fuera Martín quien le apagara el cigarrillo en la mejilla. Tú tienes cara de niño al que le gusta la verdura, pero lo dijo sin pretender ofender, con una sonrisa de dientes blancos y grandes. Yo me encargaría de la cámara. Después de un par de ensayos, pulsé el botón de grabación del móvil y dije: Acción. Martín acercó muy despacio el cigarrillo encendido a la cara de Danae. Ella parecía concentrada, puso cara de miedo, o algo parecido, y cuando Martín estrujó el cigarrillo contra el parche de metal que llevaba en la mejilla, estuvo a punto de llorar, los ojos se le humedecieron y pensé que estaba quemándose de verdad, hasta que de pronto se echó a reír. A ver cómo ha quedado...

Se inclinó a mi lado y miró el móvil. Me metió el pelo en la cara y yo recibí la brisa agradable con olor a champú. Martín se pegó a nosotros. Éramos una piña los tres ahí dentro mientras revisábamos la grabación del móvil. Lo vimos, una, dos, cien veces. Lo viramos a sepia, a blanco y negro, probamos cada filtro y cada vez nos gustaba más y nos parecía genial y la mirada de Danae nos resultaba más asombrosa y más creíble, hasta que Martín empezó a decir que se notaba que me temblaba la mano al grabar. Mira. Y era verdad que yo lo había grabado todo con un cierto temblequeo, pero era por culpa del frío, me justifiqué. Estabas cagado, mira cómo tiembla, mira cómo tiembla, y Martín se burlaba a carcajadas y ella le seguía, sí, sí, estabas como un flan, y de pronto me descubrí expulsado de su complicidad, sentí a Martín del lado de ella, y a mí arrinconado, sin acceso a ellos. Es un cagón, insistió Martín, le pasa siempre. Si hasta tiene miedo de la oscuridad y su madre le tiene que dejar una luz encendida cerca toda la noche.

Martín pretendía apartarme y me hizo sentir de más. Sobraba. Puede que eso exagerara mi enfado. El caso es que me levanté y me guardé el móvil en el bolsillo. Mandé a Martín a la mierda. No tenía por qué aguantar que hablara así de mí solo para ganarse a Danae, por hacerse el adulto con ella. Eres gilipollas, le dije, y salí de la cabaña. Fuera oí cómo Danae le preguntaba si de verdad me había enfadado, si iba en serio. Yo qué sé, dijo Martín, no creo que sea tan tonto.

Entonces le odié con más fuerza. Cogí la bici del suelo y me alejé de allí.

Tardé en llegar. Intenté soltar la rabia por el camino. Lloré un instante, harto de todo, hasta de mí mismo. Noté las lágrimas heladas en las mejillas y me sentí diminuto, insignificante. Cuando llegué a casa, Yolanda hacía compañía a mi madre. La ayudaba a doblar la ropa de los armarios. ¿Qué tal la excursión? Bien. Pero mi respuesta fue tan seca que delató mi estado de ánimo. ¿Y Martín, dónde anda? No sé. ¿Habéis discutido? No. Y me encerré en mi cuarto. Desde allí las oía.

Déjalos, no pasa nada, decía mi madre. ¿Te acuerdas de las peleas que teníamos tú y yo a esa edad? Nos pasábamos días enteros sin hablarnos. Es muy típico de los mayores eso de relacionar cualquier cosa que nos pasara con algo que también les pasaba a ellos cuando tenían nuestra edad. Después de un rato de conversación, oí que mi madre hablaba de mí. Tomás, en el fondo, es como yo. Hipersensible. No cuenta nada. Cuando pasa el día con su padre le pregunto al volver qué tal ha ido y me dice: bien. No suelta nada más, ni un detalle, supongo que lo hace por protegerme, por protegerse a sí mismo. A veces pienso que nuestros hijos heredan nuestra forma de ser de manera casi automática, le respondió Yolanda. Me espanta cuando veo que tienen todos mis defectos, iguales. Mi madre se preguntó si también heredarían sus virtudes. Pero Yolanda se echó a reír y logró hacer reír a mi madre cuando respondió: Anushka, pero ¿qué dices? ¿Qué virtudes?

CAPÍTULO 8

SÁBADO SANTO

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

No sé si te ha ocurrido, pero no hay nada más triste que despertarse por la mañana sin ganas de salir de la cama. El nuevo día tiene algo de regalo por abrir y el desánimo mayor es no tener ganas de bajar a mirar el árbol de Navidad y desenvolver los regalos. Más que el enfado con Martín lo que me duraba era la humillación de significar tan poco para él. Y si buscaba más al fondo, me encontraba la sucia huella de los celos. Celos por cómo miraba a Danae. Cuando ella hablaba él clavaba los ojos en sus labios con una expresión ausente, más que escuchar sus palabras las miraba físicamente salir de la boca de Danae. Mofarse de mí era una forma de escalar hacia ella, yo solo era un peldaño en el que apoyar el pie para trepar en busca de lo que fuera que buscaba en ella. Mi madre tardó en entrar en el dormitorio. Se sentó sobre la cama. Te estás haciendo mayor, ahora ya lo único que quieres es dormir toda la mañana, como hacen los adolescentes.

Dejó la puerta de mi cuarto abierta, pero volvió a su tarea. Caí dormido un rato por agotamiento. Cuando mi madre regresó venía acompañada por Martín. Mira quién ha venido a buscarte. Nos dejó a solas. Martín me miró con prevención, pero tenía algo que decirme. Al parecer, su hermana Lucía había rastreado por la red tras cierta información y se había encontrado con una sentencia judicial que aprobaba la demolición de la casa de Los Rosales. En realidad esa casa ya no le pertenece, es propiedad del Ayuntamiento de Pinares de San José. Según Lucía, que tiraran la casa abajo podía ser cuestión de semanas.

¿Y Ros lo sabe? Martín se encogió de hombros. Ahora entendíamos aquella visita de la Guardia Civil. Quizá fueron a avisarle de que debía desalojar la casa, le dieron un plazo o sencillamente fueron a prevenirle de que se iba a proceder con la sentencia. Si le contamos los chanchullos del alcalde, lo de que su cuñado es propietario de la cantera, todo eso, me dijo Martín, a lo mejor puede intentar parar el asunto. Lo importante es que vayamos a contárselo. Me empecé a vestir con la ropa del día anterior que había dejado tirada por allí. Martín se levantó de la cama para dejarme sitio. Al ponerse de pie le descubrí un morado en el cuello, pero no le dije nada.

Fue después, al cruzarnos por el camino con su madre, que pintaba en la

explanada del monte, cuando Yolanda le señaló la marca en el cuello y le preguntó: ¿Cómo te has hecho eso? Martín se ruborizó y le ardieron las mejillas. Ayer, me di con una rama cuando íbamos en bici. Entonces se volvió hacia mí para que corroborara su versión. Sí, dije, yo iba delante y aparté una rama, pero al soltarla le dio a Martín en la cara. En el cuello, me corrigió él. Pero era difícil saber si Yolanda se tragaba aquella mentira. El morado en el cuello de Martín era un chupetón evidente, la típica huella ovalada del mordisco cariñoso de alguien.

Te lo cuento si no cuentas nada, me propuso Martín cuando ya nos alejábamos de la posición de Yolanda. Para que ella no nos viera desde allí acercarnos a casa de Ros teníamos que dar un rodeo y alcanzar el camino de la cantera y luego bajar por el remonte. Martín aprovechó el paseo para contarme lo que había sucedido.

Me lo hizo Danae. Jugando, no sé, de broma. Nos quedamos un rato en la cabaña, cuando te fuiste, y la verdad es que es muy maja. Estaba preocupada por ti, por si te habías enfadado, pero yo ya le dije que no, que te habría sentado mal mi comentario pero que se te pasaría rápido, que era una tontería, que tú y yo somos amigos desde hace mucho, que no te ibas a enfadar por una bobada así. Al final se nos hizo de noche, allí hablando de Ros, de su madre. No es tan gruñona como parece, ¿sabes? Me pidió que la acompañara, le daba miedo ir sola por el monte, así que la llevé a casa de Ros y cuando subíamos por el sendero empezó a decir que eso tenía que estar lleno de serpientes y cosas raras y yo por meterle miedo o por lo que sea le dije que sí, y que también había lobos y alacranes.

A ella, por lo visto, lo que le da miedo de verdad son los perros. Dice que le atacó un perro cuando era pequeña, pero que desde entonces les tiene miedo a todos los animales, y que el campo le da terror. Hasta hizo un curso para defenderse del ataque de perros, porque lo pasaba mal por la calle si se cruzaba con uno suelto. Y entonces, no sé por qué, empezó a bromear y a decirme que si un perro te ataca tienes que levantar el brazo así, por delante de la cara, y hablarle fuerte. Y me enseña un poco la postura y de pronto va y me pega un mordisco en el brazo. Pero me levanta la manga y me muerde el brazo y entonces yo, pues no sé, me pongo a hacer lo mismo con ella y somos como dos perros mordeándonos y ahí fue cuando se me lanzó al cuello y me hizo esto.

Después de la larga explicación, Martín me señaló el morado del cuello. Luego nos besamos, dijo, pero esto ya lo añadió como si fuera un detalle sin importancia, sobre el que prefería pasar de largo. Así que los imaginé allí, besándose en la noche, al lado de la casa de Ros. ¿Y él no os vio? No, no,

respondió Martín. Si estuvimos dos minutos, yo tampoco podía llegar muy tarde a casa no se fuera a preocupar mi madre.

Si te tuviera que explicar con detalle ahora tantos años después lo que transmitía en ese momento Martín, mientras rememoraba la noche anterior y se subía el cuello del abrigo todo el rato para taparse el chupetón, te diría que era alegría. Sí, una especie de alegría rara y contagiosa. Me daba miedo que esa alegría se borrara de la cara de Martín cuando Danae se marchara si al final venía su madre a buscarla esa tarde. Me daba miedo, claro, no ser capaz de reproducir ese estado en él. A eso me refería con lo de los celos. No era complicado intuir que lo que urgía a Martín de verdad, al venir a buscarme para que fuéramos hasta la casa de Ros, no era tanto el deseo de informarle de las cosas que había averiguado como el de volver a ver a Danae.

Por el camino me contó que Gaspar había tenido la idea de organizar una recogida de firmas contra la cantera. Estaba seguro de que los vecinos querrían salvar la montaña y la vieja casa de Los Rosales, que para todos era un símbolo del lugar. Estaba dispuesto a redactar la carta él mismo si nosotros le ayudábamos a recoger las firmas. A mí lo de las firmas me sonaba a película infantil, de esas en las que un niño se va a vivir a un árbol para impedir que lo talen y al final todo acaba bien. Las películas de niños siempre acaban bien, claro.

Antes de que llegáramos al portón de entrada a la casa de Ros, escuchamos la voz de Danae que nos gritaba. ¿Qué pasa, ya no estáis enfadados vosotros dos? Sonreía con ganas, como si fuera una persona distinta a la del día anterior. No supe qué contestar. Pero ella salió a nuestro encuentro. Mejor vamos a dar una vuelta. Alcanzamos a saludar a Ros, que cavaba con la azada en la parte opuesta del jardín. Detuvo un instante la tarea y alzó la mano.

Al bajar por el remonte para alejarnos de la casa, Danae vio el morado en el cuello de Martín y le señaló con el dedo, mientras se agarraba a él para no resbalarse en la tierra húmeda. ¿Qué te ha pasado ahí? Martín volvió a ruborizarse como le había pasado frente a su madre. Yo me adelanté a responder. ¿Eso? Se dio con una rama ayer, cuando íbamos con la bici. Danae soltó una risilla traviesa. Vaya, tienes que tener más cuidado. Y en ese instante, no sé muy bien por qué, sentí una cierta euforia, algo parecido a participar en una fiesta en honor de nosotros tres, donde los tres estábamos en una misma nube elevada y feliz que siempre habíamos deseado alcanzar.

Bueno, ¿y qué vamos a grabar hoy?, preguntó Danae. Habíamos llegado hasta el río y caminamos más allá de la chopera para enseñarle un viejo coche

abandonado. Era un esqueleto todo óxido, sin ventanas ni plásticos que hubieran resistido el abandono a la intemperie durante años y años. Nadie sabía cómo había terminado ese coche ahí, si era por un accidente o por la desidia de su dueño para llevarlo al desguace. Allá en la sierra todo el mundo se daba el capricho de tirar los desperdicios donde le diera la gana, preferentemente cerca del río. El caso es que el coche servía para entretenimiento de los niños y de las avispas, que a veces hacían nido en algún boquete de la chapa corroída.

Danae se subió al sitio del conductor, aunque ya no quedaba ni rastro del volante. Cuando Martín le dijo que tuviera cuidado de no cortarse con la chapa oxidada, pensé que eso mismo nos decía Yolanda si nos veía acercarnos al coche durante algún paseo. La siguiente vez en que Martín la llamó por su nombre, ella se volvió a mirarlo y le dijo que si lo prefería podía llamarla Dani, mis amigas me llaman así en el cole. Ros no es el único. Así que la llamamos Dani desde entonces y eso nos aproximó aún más.

Quiso que nos hiciéramos una foto juntos en el coche los tres y me pidió que sacara el móvil. Yo le dije que a esa hora el sol estaba muy alto y que no quedaría tan bien como en la tarde, cuando baja la luz. Ella se echó a reír y me dijo que yo era todo un experto. En realidad, solo repetía lo que le había oído decir a Yolanda, pero era cierto que la vista del monte cercano ahora estaba empastada en la luz de mediodía, sin la profundidad de las horas de sol bajo. Martín se puso entre los asientos, en medio de los dos, cuando nos hicimos la foto. Dani manejó el móvil con destreza. Envió la foto a algunas amigas con la etiqueta: buen rollo.

Podríais hacer una película aquí, nos dijo ella. Se debería titular *Dirty River*. Acompañamos a Dani de vuelta a casa cuando llegó la hora de comer. Si volvéis esta tarde os enseño la casa por dentro, ya sé que os morís de ganas de verla. Y atravesó la puerta del jardín sin despedirse.

Gaspar había preparado la carta para recoger firmas. Al final no hablaba de la casa de Ros, sino que se refería solo a la desprotección de la montaña y el trabajo continuado de la cantera. Nos la leyó en voz alta cuando terminamos de comer y se empeñó en que fuéramos a la estación para imprimir copias y dejarlas por algunas casas. Pero cuando entró en el supermercado, se llevó el primer chasco. El tendero leyó la nota y no tuvo inconveniente en colgarla en su raquítico tablón de anuncios. Aunque advirtió a Gaspar. Esto no les va a gustar a todos, hay muchos que viven de la cantera.

Lo peor fue lo que hizo un poco después. Cuando Martín y yo esperábamos a que Gaspar nos viniera a recoger con el coche, vimos por la cristalera cómo

Venancio arrancaba la carta fotocopiada que acababa de colgar en el corcho, la rompía y la tiraba en la caja de cartón que usaba de cubo de basura.

En el coche, ya de vuelta, cuando se lo contamos a Gaspar, le pudo el enfado por primera vez. Ese Venancio no me vuelve a ver a mí el pelo por su tienda, que lo tenga claro. Una cosa es que no piense como yo y otra es que yo no pueda decir lo que pienso. ¿No os parece? Pero Martín tenía la cabeza en otro sitio y cuando cruzamos el desvío hacia la cantera le pidió a Gaspar que nos dejara allí. Volveremos dando un paseo. Nos bajamos del coche y Gaspar siguió hacia casa. En el asiento de atrás llevaba las cien fotocopias de su carta de protesta, nos había entregado una docena que me guardé enrolladas en el bolsillo del abrigo con la promesa de hacerlas circular o echarlas en el buzón de algún chalet que viéramos habitado. Pero él y nosotros sabíamos que aquello era tan eficaz como hacer aviones de papel con ellas y lanzarlas desde lo alto del monte.

Ros plantaba los últimos esquejes en el huerto que había cavado al fondo del jardín. Había sembrado cebollas, calabazas y pimientos y dijo que más adelante pondría los tomates, las lechugas y las judías. Se había pegado una paliza para remover la tierra y acondicionar una extensión considerable de terreno rodeada de piedras. Con un poco de trabajo, todo esto volverá a ser lo que fue, dijo Ros. Danae nos llamó desde la puerta de la casa. Antes de correr hacia allá, Ros nos susurró una confidencia. Esta mañana llamó a su madre, le dijo que no hacía falta que viniera a buscarla tan pronto. Gracias, chicos. Y eso fue lo más amable que le escuché decirnos nunca.

Esto sería el decorado perfecto para una de vuestras películas de terror. Danae se quejaba de que todo estaba sucio y abandonado mientras nos guiaba escaleras abajo por el interior de la casa. Le daba tanto asco que, por las noches, dormía totalmente vestida entre las sábanas. Yo temía que Ros la oyera desde fuera. El sótano era una pieza cerrada y enorme, sin apenas ventilación, donde había una vieja barra de bar junto a la que se habían acumulado todo tipo de cosas inservibles, desde un juego de dardos hasta dos bicicletas antiguas y una escopeta de caza. Quiere que le ayude a sacar todo esto de aquí, pero movimos un cesto y salieron mil arañas, se quejó ella.

Nos fuimos a instalar en un extremo del jardín donde colgaba una soga gastada de la rama robusta de un castaño. Tenía cruzada una madera a modo de asiento y nos turnábamos para dar vueltas subidos en ella. A ratos el mareo te hacía ver la casa moverse. Saqué las tenazas del bolsillo porque habíamos quedado en intentar grabar un vídeo donde le arrancaríamos las uñas una a una a Danae. Ella tenía un juego de uñas postizas en su neceser y fue a buscarlo. Antes

de ponérselas, le untamos un poco de tomate frito en cada dedo y cuando arrancábamos las uñas falsas lo único que se veía era sangre chorrear. Probamos dos o tres veces antes de grabar y el resultado daba un asco casi vomitivo. Cuando le añadamos una música quedará muy bien. Y gritos. Danae nos hizo una demostración de gritos de dolor que lograron hacer reír a Ros desde la otra punta del jardín. ¿Qué coño hacéis?, preguntó sin esperar respuesta.

Martín se subió de pie en el tablón más alto que cruzaba la soga, y como quedaba por encima de nuestras cabezas fue el primero en ver a alguien que se acercaba a la valla. Se inclinó hacia mí y por su mirada supe que aquello no era una buena noticia. Un segundo después distinguí el pelo rojizo de mi madre. Caminaba sorprendida de encontrarnos allí, plácidamente instalados en el jardín de la casa de Ros, la casa a la que teníamos prohibido acercarnos. Es la madre de Tom, susurró Martín a Dani. ¿Y qué pasa?, preguntó ella. La saludé con la mano y corrí hasta la puerta de entrada, para asomarme a recibirla. Ros también la vio y fue hacia nosotros. Es mi madre, le dije. Claro, hola, Ana, pasa pasa...

Mi madre me tocó el brazo al pasar. Supongo que la curiosidad le hizo aceptar la invitación de Ros. Él la guio hasta la mesita del porche, pero mi madre miró el lugar donde estaban Martín y Danae. ¿Es tu hija?, le preguntó a Ros. Ajá, dijo él. ¿Te apetece un café? Tengo hecho. Mi madre lo aceptó y se sentó en el porche al lado de la estufa de butano que Ros corrió a encender. Ella se justificó sin necesidad, dijo que había salido a dar un paseo largo. Yo me había quedado varado en medio de las dos parejas, así que reulé y volví hacia el columpio de cuerda donde estaban Martín y Dani. Se nos va a caer el pelo, no querían que viniéramos. Pero ese comentario de Martín pareció herir de algún modo a Dani. ¿Por qué? ¿Oodian a Ros? Él se encogió de hombros. Le tienen miedo, supongo, les pasa a todos, ¿no?

Ros sirvió el café para mi madre en las mismas tazas azules de loza desconchada que nos había dado a nosotros. Mi madre lo miraba todo alrededor como si llevara siglos sin haber pisado por allí. Ros me pareció inquieto, quizá quería mostrar su mejor imagen. Se había encendido un cigarrillo y mi madre le aceptó el ofrecimiento de otro. Desde nuestra posición apenas podía llegar a oír lo que hablaban, pero ambos sonreían. A veces el viento traía sus voces hasta mi oído y escuchaba fragmentos inconexos de su conversación. No sabes lo que he llegado a odiar la ciudad, no te lo puedes imaginar, decía él. ¿Es tu moto?, le preguntó mi madre señalando la Montesa.

Me imaginé muchos años atrás a mi madre subida a la moto de Ros, cuando le gustaban los chicos chulitos y con moto, según había contado Yolanda. A

todos nos cuesta imaginar a nuestros padres cuando tenían nuestra edad, pero a lo mejor no eran tan distintos. A lo mejor mi madre también disfrutaba cuando Ros aceleraba en su moto y el viento les revolvía el pelo. Igual que cuando yo veía a Martín tirarse cuesta abajo en la bici con los pies levantados de los pedales. ¿Por qué iban a ser tan diferentes de nosotros?

No sé si mi madre le contaría a Ros entre las confidencias que intercambiaron aquella tarde que se acababa de separar y pensaba poner nuestra casa en venta. Ni tampoco sé si Ros le confesó algo de su pasado oscuro o de su proyecto de nueva vida en la sierra. A ratos los veía reírse, y mi madre, avergonzada, se llevaba como hacía siempre la mano a la boca para que no se le viera una funda de muela que, según repetía a todas horas, tenía pendiente de ir a arreglarse al dentista.

Me llamó un rato después desde el porche para avisarme de que debíamos irnos ya. Dejé un segundo a solas a Martín con Danae o fue él quien se retrasó para no obedecer tan rápido. Cuando me acercaba a la mesa del porche escuché que Ros le hablaba a mi madre con cierta gravedad. Todo lo que yo podía perder por mí mismo ya lo perdí. Ahora me quieren quitar lo poco que me queda. Mi madre se puso de pie y señaló la cuerda donde seguían Martín y Danae. Tienes a tu hija, es preciosa. Ros asintió con la cabeza, pero sin mirar hacia su hija.

Venga, chicos, nos vamos, nos urgió mi madre. Cuando Martín llegó a nuestra altura ella le explicó a Ros que era hijo de Yolanda, ¿te acuerdas de Yolanda? Claro, ¿sois todavía amigas con lo mal que os llevabais? A mi madre le sorprendió el comentario. ¿Qué dices? Si siempre nos hemos llevado fenomenal. Ros sacudió la cabeza con media sonrisa. Sí, muy amigas, pero os pasabais el día discutiendo. Doña Perfecta la llamabas cuando te sacaba de tus casillas. Mi madre sonrió para justificarse frente a Martín, que yo creo que ni tan siquiera les prestaba atención. Bueno, es que tu madre siempre ha tenido la cabeza muy en su sitio, no como nosotros. Ros se echó a reír. Eso es verdad, seguro, aunque nosotros nos lo pasábamos mejor, ¿no?

Mi madre no quiso responder a Ros. Me tomó del brazo, entre protectora y buscando protección. Danae se había quedado sentada a horcajadas sobre la madera cruzada en la soga y se despidió de nosotros con el brazo alzado. Chao, Dani, le gritó Martín. Yo le expliqué a mi madre que se llamaba Danae, pero que le gustaba que la llamáramos Dani. Luego le mostramos el atajo para salir de la casa de Ros hacia el sendero de la fuente y desde ahí tomar el camino a casa. No parecía enfadada con nosotros, aunque tampoco habló demasiado. Caminaba con la mirada baja, como quien no quiere tropezar, pero su atención iba más allá de

las piedras del camino. Mucho más allá. Si me preguntas, no sabría decirte si volver a ver a Ros la había alegrado o entristecido. A lo mejor solo se trató de un reencuentro consigo misma, con la que había sido en otro tiempo.

CAPÍTULO 9

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Ella preguntó:

«¿Durante cuánto tiempo estará en vigor la muerte?».

Y Él le respondió:

«Mientras las mujeres sigáis engendrando».

Aquella mañana también salí a correr. Corría con más rabia que concentración. Rápido, hasta perder casi la consciencia. A veces en los partidos juegas enfadado y ni siquiera reparas en el rival, sabes que el secreto está en tu actitud. ¿Por qué me sentía así? A lo mejor intuía el final de todo y por eso no quería detenerme, no quería parar. Ni siquiera me acerqué esta vez para charlar con Yolanda cuando levantó la mano junto a su caballete para saludar al verme cruzar por el sendero.

El preparador físico nos había prohibido las bebidas azucaradas, así que le dije que no a mi madre cuando me ofreció una coca cola. Me veía recuperar el resuello, agotado y sudoroso, y pensó que me castigaba demasiado. Tanto entrenar no puede ser bueno. Me fui directo a la ducha, sin contestarle. Allí me esperaban los feos azulejos pasados de moda. Los objetos del baño era lo último que le quedaba a mi madre por embalar. Me miré en el espejo. No me gustaba mi cuerpo.

Cuando Martín llegó aquella mañana y vio el salón todo recogido, ocupado por las cajas de cartón y las bolsas de basura engordadas de aquello que mi madre había decidido por fin tirar, soltó un silbido. Vaya, entonces ¿va en serio lo de vender la casa? Me dio la impresión de que antes nunca se lo había creído del todo. Me metió prisa para desayunar y se comió dos puñados de cereales directamente de la caja. ¿Adónde vais?, ¿por qué no me ayudáis a llevar toda esta basura al contenedor?, preguntó mi madre.

Una amiga se va en el tren de las once. Martín lo dijo para contestar a mi madre, pero al mismo tiempo me informaba a mí de un detalle que desconocía. Dani se iba esa mañana.

La noche antes Martín había vuelto a escaparse de casa. Había recorrido el camino hasta la casa de Ros y había tocado con los nudillos en la ventana de cristal esmerilado. Después de visitar la casa por dentro, ya sabía identificar en la fachada exterior el cuarto donde dormía Danae. No le había importado saltar la valla y correr el riesgo de que Ros lo descubriera en el jardín. Necesitaba verla, me dijo Martín, y si le hubieras visto, por el modo en que habló, habrías pensado que tenía cuarenta de fiebre.

Supongo que Danae se pegaría un susto al descubrirlo allí en mitad de la

noche. Si no recuerdo mal, su ventana estaba enrejada, como todas en Los Rosales. Hablarían a través de las rejas, en la noche helada, y puede que a ella le hiciera gracia la nariz roja de Martín. Se le ponía así cuando tenía frío. Es verdad que duerme vestida, me dijo después Martín cuando caminábamos hacia la estación. Pero no me contó mucho más del encuentro. Bueno, sí, que ella le había dicho que se iba a la mañana siguiente, en el tren de las once, y él le había prometido que iríamos a despedirla los dos. Da igual, me llevará Ros, le había dicho ella. Me imagino que luego a Martín le costaría marcharse y que a lo mejor se tocarían las manos, ella asomando levemente los dedos por las mangas del jersey de lana. O a lo mejor él se las calentaría a ella poniéndolas dentro de sus palmas y frotando, como a veces hacía Yolanda con nosotros cuando volvíamos helados a casa después de montar en bici.

Supongo que se besarían, sí, claro. A lo mejor ella le dijo: Mira, Martín, te doy tres besos y te marchas a tu casa, ¿vale? Sí, algo así le pegaba mucho. Y entonces ella contaría los tres besos. Uno, dos y tres. Y Martín trataría de alargar el último, lo trataría de alargar digamos no minutos, sino horas, para que durara toda la vida. Pero ella tendría miedo de que Ros los oyera, que sospechara de la presencia de alguien extraño y saliera al jardín. Vete a saber cómo reaccionaría. El caso es que ella cerraría la ventana y Martín se volvería a casa a la carrera hasta entrar silencioso de nuevo en su cuarto.

Pero yo no iba a preguntarle los detalles. Cada vez que me contaba algo de ella, sentía como si me pellizcaban en las tripas con las tenazas. Yo envidiaba de Martín esa capacidad para contarle todo, para contar en voz alta incluso lo que se le transparentaba. Porque yo era lo contrario. Todo callado, todo reprimido, todo adentro pudriéndose, porque lo que no aireas se pudre. No sé si Danae era la primera chica de la que Martín se había enamorado, nunca me había hablado de nadie de su clase o de la ciudad. Y entre la gente que conocíamos del río o de las fiestas o los que me señalaba en el móvil como sus mejores amigos, no percibí nunca un interés particular por alguna chica. Pero al verle caminar hacia la estación con la vista fija al frente podía advertir su enamoramiento de Dani. Me imaginaba que en las semanas siguientes a lo mejor llenaría hojas de papel escribiendo su nombre o se pasaría las horas tratando de no olvidar sus ojos, sus labios. Incluso los tréboles junto a la fuente le recordarían sus rizos. Lo típico. ¿Y yo? ¿Acaso había llegado a experimentar algo así alguna vez? Puede que sí. Puede que sintiera todo eso precisamente por Martín, ¿quién sabía? Habrás oído eso de que lo más difícil es conocerse a uno mismo. Pues es verdad.

Estuvimos un rato de espera cerca del andén, dábamos patadas a los

pedruscos de caliza brillante que formaban el lecho donde reposaban las vías y las traviesas de madera con aquellos tornillos inmensos. Había más gente que de costumbre porque al día siguiente ya era laborable. Se acababan las vacaciones. Se acababa todo. En el reloj de la estación faltaban cinco minutos para las once. Nos volvimos al escuchar el ruido de una moto. Dani venía agarrada a su padre, con la mochila a la espalda. Llevaba el pelo recogido bajo un gorro de lana aunque sobresalían las puntas, rebeldes. Cuando la moto se detuvo, ella se bajó y se quitó de prisa el gorro y se lo entregó a su padre. Ros se lo guardó en un bolsillo de la cazadora. Al saltar los rizos liberados, la cabeza de Dani me recordó una lluvia de confetis.

Sonrió al vernos en el andén, pero no nos acercamos. Dejamos que ella y Ros se despidieran a solas. ¿Seguro que no quieres que vaya contigo?, le preguntó su padre, y la voz nos llegó muy atenuada en la distancia. Ella negó con la cabeza y los rizos bailaron alegres. Mamá me estará esperando en la estación. Preferí mirar hacia otro lado, por si querían besarse y les molestaba que nosotros dos estuviéramos allí. Martín hizo lo mismo. Puede que se besaran en las mejillas y que sus cuerpos transmitieran más confianza que días atrás, cuando ella llegó en el tren. Ros le dijo después algo parecido a esa frase hecha: si quieres venir a verme otro día, ya sabes dónde estoy. Pero ella sacudió la cabeza de nuevo con una negativa. Aquí no voy a volver, olvídalo. Lo dijo sin desprecio, al contrario que otras veces, quizá por eso Ros insistió para tratar de convencerla. Es mi casa y es también tu casa, y parecía que Ros con esa frase tan sencilla pretendiera decir algo mucho más complicado.

Cuando Danae se alejó de su padre para acercarse a nosotros, en el andén, le cambió la cara. Recuperó la sonrisa, pero aún se volvió hacia Ros desde las escaleras. Él se había quedado parado junto a la moto con su cazadora negra pasada de moda y los puños en los bolsillos. Ella agitó la mano. Vete si quieres, pero Ros no se movió del sitio.

Qué majos, habéis venido a despedirme. Danae nos lo dijo con una sonrisa franca. Luego se quitó la mochila de los hombros y depositó su móvil en la mano de Martín. Escríbeme tu número. Me pareció que a Martín le temblaba la mano levemente. Para cuando vuelvas a tener tu móvil, por si nos llamamos, le dijo ella. Tú también, se dirigió a mí, a ver si me mandas esos vídeos tan chulos que hemos grabado. Pero sobre todo no los vayas a colgar para que los vea cualquier gilipollas por ahí.

Su mirada abarcó los contornos. Llegaron los últimos pasajeros a la carrera, urgidos por la llegada inminente del tren. ¿Tenéis una moneda? Martín se

rebuscó en los bolsillos y yo le tendí una moneda de cincuenta céntimos. ¿Esta sirve? Danae la cogió de mi mano y se agachó para colocarla cuidadosamente justo encima del raíl de hierro. Bueno, chao.

El tren de cercanías llegó despacio pero el frenazo metálico sonó igual de estridente. La vimos subir detrás de los últimos pasajeros. No buscó un lugar para sentarse, sino que se quedó en el descansillo de acceso al vagón, junto a la puerta. Lanzó una mirada furtiva para comprobar que su padre seguía allí, atento a verla marchar. Las puertas se cerraron frente a ella tras el silbido de aviso. La cara sonriente de Danae nos miró desde el otro lado de los cristales. El cercanías se puso en movimiento. Martín y yo permanecemos en el andén hasta que lo vimos perderse en la boca del túnel, hacia las tripas del monte.

Martín se puso a buscar la moneda de cincuenta céntimos entre las vías. Yo miré en dirección de Ros. Se había subido a la moto y la arrancó. Lo hizo con un taconazo sobre la palanca tan violento, tan rabioso, que me asustó. Acompañado además del giro brusco de la muñeca para darle gas al motor. Dudé si era buena idea dirigirle un gesto de despedida, pero al final lo hice. Él se limitó a levantar dos dedos de la mano izquierda desde el manillar de la moto. Fue un gesto mínimo, pero que aprecié. Se alejó de allí con la nubecilla azul detrás de sí.

Ayúdame a buscar la moneda, me pidió Martín. Yo localicé algo brillante un poco más lejos de donde él buscaba. Allá estaba entre las piedras la moneda dorada. Me agaché a recogerla. Había quedado aplastada, lisa, brillante. Estaba caliente. Se la tendí a Martín, que la sopesó en la mano y luego se la guardó en el bolsillo del pantalón. Oye, tú, que era mía. Te jodes, me dijo.

Compramos otra caja de balines a la mujer de Venancio y al pasar por delante de él no le devolvimos el saludo. Gastamos las balas esa misma mañana en disparos contra el coche viejo. Una urraca se posó cerca, en la rama de un árbol, y Martín le apuntó varias veces. Yo no le dije nada, pero no quería que le disparara y él lo sabía. Aun así, me hizo creer en un par de momentos que la mataría. Yo acabé dando una palmada para que el pajarraco se largara de allí antes de que Martín se decidiera a hacerlo.

Al mirar a la cantera pensé que la misma palabra servía para nombrar esa extracción de piedras de la montaña y el equipo filial donde yo jugaría el año próximo. Me sorprendió la coincidencia y que solo en ese momento hubiera reparado en ella. Quizá quería decir que también a mí me separarían de mi montaña, de los míos, de mi familia, de mis amigos, de mis compañeros, para llevarme a otro lado, para usarme. Vete a saber quién les pone nombre a las cosas. A lo mejor las cosas que se parecen reciben el mismo nombre.

Yolanda había preparado una bandeja de torrijas de miel y Gaspar cocinó en una fuente de barro un guiso que dijo que se llamaba marmitako, pero es posible que el nombre se lo inventara cuando yo le pregunté qué era aquello con la pinta sospechosa de menú escolar. Sería la comida de despedida, que tomaríamos todos juntos en nuestra casa ese mediodía. Llevaríamos los platos y los cubiertos desde casa de Yolanda, para que mi madre no tuviera que desembalar sus cajas. La idea era marcharnos esa misma noche. Gaspar había preparado una tartera para llevarlo todo sin que se enfriara desde su casa a la nuestra.

Mi madre había conseguido avivar la chimenea, ya no tenía que ahorrar leña y atiborró la panza con todo lo que encontró, también papeles viejos y algún cartón. Gaspar había cocinado una cantidad desmesurada que pretendía que nos acabáramos. Da pena tirarlo, decía. Pero Lucía se negaba a repetir y cuando él le reprochaba que había muchos niños en el Tercer Mundo sin posibilidades de comer, ella se ofrecía a darles lo suyo, vamos, tráetelos y yo encantada de compartir, le proponía a Gaspar. Le decía también que cada día estaba más gordo y que se iba a convertir en eso que llaman fofisano. Gaspar no volvió a hablar de su carta de protesta y la recogida de firmas. En el bolsillo de mi abrigo seguían enrolladas las fotocopias que me había dado la tarde anterior.

La comida quiso ser alegre, pero en aquel espacio vacío todo sonaba a despedida. Nadie tenía ganas de reír, ni siquiera con las bromas de Lucía. Supongo que Yolanda percibió mi tristeza, porque me habló de la casa. No hay que tenerles apego a las cosas materiales, lo que importa son las personas, y a nosotros nos vas a seguir viendo. Te tengo reservada la litera de Martín para cuando te quieras quedar y siempre que te apetezca te puedes venir con nosotros, no tienes más que decirle a tu madre que me llame.

Mi madre dijo entonces que por la casa no sentía ninguna pena, pero que se acordaba de las mil cosas que había vivido allí. Una parte de mi vida, la más importante, la he pasado en este sitio, los veranos, los fines de semana. Venga, Anushka, vamos a brindar, le cortó Yolanda. Los recuerdos se van contigo, de eso no te vas a deshacer.

Levantamos los vasos y Gaspar nos sirvió de la botella de vino también a Lucía y a Martín y a mí. Brindar con agua da mala suerte. Pero cuando teníamos los vasos en alto, Yolanda reparó en un cuadro que aún estaba colgado. Se había quedado solo en el blanco de la pared tras la recogida de mi madre. Era un holograma de *La última cena*. Cristo con un halo dorado y los apóstoles sentados a su alrededor, y al fondo el traidor que está a punto de largarse con la bolsita de las monedas. Cuando lo mirabas desde distintas perspectivas cobraba algo de

vida y una profundidad más cutre que otra cosa. Tenía un marco de plástico que imitaba pequeñas ramas de madera trenzadas. Es un cuadro odioso, da grima, toda la vida colgado ahí, Yolanda se puso en pie y lo descolgó de la alcayata de la pared. ¿Puedo echarlo al fuego? Venga, por favor, ¿me dejas tirarlo al fuego? No sabía si Yolanda exageraba o quería llevar la broma hasta el final, pero los demás dijimos: Sí, sí, títalo al fuego, mientras mi madre se reía y bebía algo de vino de su vaso.

Es una blasfemia, eso no se puede quemar, ¿no? Pero mi madre lo preguntó con una timidez tal que los demás se rieron de ella. Bueno, blasfemia es lo que le han hecho al pobre Leonardo con su cuadro. Venga, quémalo, venga, quémalo, repetía Lucía. Entonces mi madre se encogió de hombros, como si le diera igual lo que Yolanda hiciera con esa reliquia que seguramente colgaron mis abuelos allí cuando levantaron la casa. Yolanda se lo pensó un segundo y sí, lanzó el cuadro a la chimenea. Pero en ese mismo instante, como un resorte, mi madre se puso en pie, alargó la mano y atrapó el cuadro entre las llamas. Se lo llevó al pecho y comprobamos que el fuego apenas lo había rozado. Me sorprendió el gesto de mi madre, sin miedo a quemarse con el fuego, para salvar aquella birria de cuadro como si fuera algo precioso.

Ya sé que soy idiota, pero este cuadro..., le tengo cariño, dijo entonces mi madre para justificar su acción. Y los ojos se le humedecieron hasta las lágrimas. Yolanda se levantó y abrazó a mi madre, lo hizo con fuerza. Comprendía que la broma se había torcido en algo triste. El cuadro quedó entre ellas, en manos de mi madre, pero el abrazo de Yolanda parecía sostenerlo todo. Perdona, la idiota soy yo, dijo Yolanda. No, no, si de verdad, ya sé que soy idiota, pero no sé... Mi madre no pudo acabar la frase, así que Lucía se adelantó. Venga, no discutáis, digamos que las dos sois idiotas. Y entonces todos nos echamos a reír y se canceló ese instante de rara conmoción.

Ayudamos a Gaspar a recoger los platos y llevarlos de nuevo a casa de Yolanda. Él se puso a fregar y Martín y yo cogimos una última torrija aunque ya estábamos a punto de estallar. En la cocina, Yolanda había abrazado a Gaspar por la cintura y apoyaba la cabeza en su hombro, mientras él pasaba el estropajo por los cacharros sucios.

Martín me preguntó si creía que Danae volvería de tanto en tanto a ver a su padre. No sé, ella no le quiere demasiado, respondí. Pero Martín no estaba convencido. Yo creo que sí le quiere, Ros es su padre, por muchas cosas que los separen. Pero luego no hablamos más. Mi madre no les había dicho nada a los otros de que el día anterior nos había descubierto en casa de Ros y no queríamos

que Yolanda se enterara. Ella podía ser más dura que mi madre y ahora Martín lo único que esperaba era que se acabaran las vacaciones para que le levantaran el castigo y le devolvieran el móvil.

Lucía me trajo de su habitación el libro del que me había hablado días antes. Toma, quédatelo, vete a saber cuándo nos volveremos a ver. Lo dijo así un poco a lo bruto pero quiso ser cariñosa. Martín y yo jugamos un rato en el ordenador de Gaspar y a mí me hubiera gustado que esa tarde se hubiera prolongado eternamente, calentados por el fuego de la chimenea, mientras escuchaba el rumor de la respiración de Martín cerca de mí.

Mi madre tenía cita con el agente inmobiliario en nuestra casa y Martín y yo la acompañamos. Nos interesaba saber el precio que mi madre le podía poner a la propiedad. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar alguien por esa casa? Mi madre se quedó en el salón desierto, firmaba los contratos por triplicado sobre la mesa. El tipo, después de fotografiar cada espacio de la casa para colgarlo en la red, sacó una escalerita del coche y colocó el cartel con el teléfono de la inmobiliaria en una de las ventanas de la fachada que daba al camino. Decidme si está recto, nos pidió desde la altura. Más o menos, le dijimos. Cuando se bajó de la escalerita de tres peldaños la plegó de nuevo para devolverla a su coche diminuto. Nos preguntó si nos habíamos enterado de lo que había pasado en el pueblo. ¿En el pueblo?, preguntamos nosotros.

Sí, lo he oído por la radio, cuando venía para acá. El pueblo se llama Pinares de San José, ¿no? Pues estaban contando que alguien ha disparado contra el alcalde. Lo decían en las noticias. ¿No os habéis enterado?

Martín y yo nos miramos sin hablar. El hombre de la inmobiliaria dio algún detalle más que no escuchamos. Habíamos echado a correr al mismo tiempo. No hizo falta una señal. Corríamos a toda prisa, con una urgencia extraña. Por el camino de tierra, intuí que Martín se agotaba, que no podía seguirme el ritmo, y bajé la velocidad para ponerme de nuevo a su lado. Hay que contárselo a Ros, hay que contárselo a Ros, si han matado al alcalde todo puede cambiar para él. Cuando lo dijo no le quise llevar la contraria, pero sabía que él pensaba lo mismo que yo. Solo Ros podía haber hecho algo así. Solo él podía haber atacado al alcalde.

Llegamos al camino de la fuente y subimos por la ladera, entre los matojos, hasta llegar a la valla de Los Rosales. Dimos la vuelta pegados a la cerca. No se oía ningún ruido en el jardín. La moto estaba aparcada sobre la pata de cabra, inclinada como un tipo cruzado de piernas. ¿Ros? Martín lo llamó en voz alta, pero entre los rosales algo me llamó la atención. La cuerda con la madera que

hacia de columpio se balanceaba pese a la ausencia de viento. Parecía lo único vivo en el jardín inmóvil. De la cuerda colgaba el cuerpo de Ros. Martín reparó en mi cara de espanto y se acercó. Miró hacia allá y vio a Ros ahorcado con la soga alrededor del cuello en dos vueltas de bufanda. Un lado de la cara estaba enrojecido, parecía quemado. Los brazos caídos y los pies inertes colgaban a poca distancia del tablón que servía de asiento. En el dorso de la mano derecha el escorpión tatuado permanecía en alerta pero inmóvil. El cuerpo de Ros no dejaba de balancearse en el mismo sitio en que la tarde anterior, a esa misma hora, nosotros jugábamos con su hija Danae. Unos pasos más allá quedaba el huerto con las matas recién plantadas que ya nunca vería crecer.

En el salón de casa de Martín todos estaban asomados a la pantalla del ordenador. Mi madre había corrido a avisarlos. Buscaban noticias serias para confirmar que no fuera un rumor de esos inventados que lanzan por ahí. Saltaban de página en página, perseguían más detalles del suceso. En una publicación local estaba colgado el vídeo de las cámaras de vigilancia del Ayuntamiento. Se veía una imagen granulada en blanco y negro, con las altas luces quemadas, sin detalle. El alcalde, Chema, el Chemacca como le llamábamos, atravesaba la calle y alguien le disparaba con lo que parecía una escopeta de caza. El cristal del Ayuntamiento se quebraba en mil pedazos y el alcalde caía desplomado al suelo y la cabeza le golpeaba contra los restos del ventanal que aún quedaban en pie. La sombra con la escopeta daba media vuelta y salía de la imagen. En el vídeo, con la distancia, parecían muñecos de una ficción.

Ros se ha suicidado. Martín lo dijo a la espalda de todos, que no habían prestado demasiada atención a nuestra entrada, concentrados como estaban en la pantalla del ordenador. Yo estaba al lado de Martín. Tenía las manos heladas.

Ha sido él. Lo ha matado él. ¿Cómo ha podido hacer algo así?, fue Yolanda la que lo dijo, porque los demás nos miraban en silencio.

A lo mejor se lo merecía, respondió Martín con un tono seco de enfado. Yolanda le soltó un manotazo en el hombro que se transformó, más que en un golpe, en una manera de agarrarlo y hacerle entrar en razón. Martín, es horrible lo que acabas de decir, ¿no te das cuenta? Pero Martín no rectificó. Se soltó de la mano de su madre, dio media vuelta y salió de la casa a todo correr. Lucía se mordió el labio inferior y me miró. Yo no me moví. No salí detrás de Martín, sino que preferí quedarme allí. Y agradecí que mi madre me abrazara y dejara su cuerpo pegado al mío, el calor que transmitía me reconfortó.

Luego sabríamos que el alcalde había muerto a causa de los disparos. Y que Ros había prendido fuego a dos excavadoras de la cantera antes de regresar a su

casa y colgarse de la cuerda del jardín. La quemadura en la cara de Ros se debía a un defecto de la escopeta, que escupió una parte de la pólvora del cartucho hacia él. Por la noche, en los telediarios, repetían la imagen de las cámaras de videovigilancia, pero la secuencia no tenía ninguna emoción, ni siquiera espantaba, parecía tan solo una película mal rodada, sin detalle. Las personas, desde tan lejos, no parecen personas de verdad, gente a la que has conocido. Alguien había grabado imágenes de la maquinaria quemada en la cantera y me recordaron al coche viejo y abandonado cerca del río. Nuevas ruinas para aquel paisaje condenado.

Lucía me acompañó a buscar a Martín. Yolanda nos rogó que fuéramos tras él. Que no ande solo por ahí. Lo encontramos en el río, en el mismo lugar en el que Ros nos había mostrado su habilidad para hacer ranas con las piedras planas que lanzaba al agua. Martín lloraba, con una rabia contenida que no le dejaba hablar. Lucía se acercó y se sentó a su lado. Lo abrazó por los hombros. Yo los miraba desde la distancia. Al fin y al cabo ellos eran hermanos, quién me creía yo para meterme por medio.

Mi madre había cargado el coche y el asiento trasero estaba ocupado por cajas de las que sobresalía ropa de cama, alguna toalla y el cuadro de Da Vinci en holograma con sus tonos verdes intactos y sus leños falsos de marco. Ni siquiera revisé mi cuarto por si me dejaba algo. Recuperé la mochila y la posé entre mis pies cuando ocupé el asiento al lado del conductor. Mi madre había llorado. Por eso estaba desmaquillada y hermosa tras el volante. Tenía los ojos brillantes, aunque el blanco interior estaba roto como la cáscara quebrada de un huevo. Puede que esa bella fragilidad fuera la que Yolanda encontraba digna de una zarina rusa en su amiga Anushka.

No sabes cómo me alegro de irme de aquí, había dicho mi madre tras encender el motor del coche, sin mirarme. Condujo despacio por el camino de tierra hasta la puerta de la casa de Yolanda. Había un bache profundo justo al girar bajo la torreta de luz y lo atravesó con cuidado, pero todo se movió a izquierda y luego a derecha. Qué día más horrible, dijo Yolanda cuando abrazó a mi madre en la despedida. Gaspar me tomó fuerte entre sus brazos y me deseó mucha suerte con el nuevo equipo. Algún día estaremos orgullosos de haberte conocido. Y tuve ganas de llorar al oírle, pero no me preguntes cómo logré contenerme. Quizá se me habían acabado las lágrimas.

Lucía sonrió. Cuídate mucho, Tarantino. Yolanda me tocó el pelo, pero se apartó cuando Martín vino a despedirse de mí. Ya me han devuelto el móvil, me dijo. Tenía dos mil quinientos mensajes sin responder. Se sacó las manos de los

bolsillos y cuando me metí en el coche de nuevo, él cerró mi puerta. Tocó la ventanilla con algo y bajé el cristal. Era la moneda aplastada por el tren. Me la regaló. Quiero que la tengas tú. Nos dijimos adiós a la vez, con el efecto casi cómico que tiene siempre esa coincidencia.

Cuando nos alejamos en el coche, mi madre y yo volvimos a pasar por encima del bache y a sufrir el ridículo bamboleo ahora a derecha y luego a izquierda. Fuimos hacia la carretera principal. Dejábamos atrás el paisaje que durante años había sido para mí una promesa de diversión. Ahora quedaba asociado a un dolor oculto que permanece tras estos años de distancia, aferrado a mi memoria. En el monte vecino se alzaba la casa de Ros, resistía un día más al acoso de la cantera y también a las últimas curvas del destino. No sabía qué pensar de su dueño. Se encontró acorralado por las circunstancias, qué sé yo. Quizá Ros no mereció la vida que le tocó vivir.

A lo mejor en su día oíste hablar de esa noticia. Ni siquiera la recordarás, claro. Hay noticias parecidas cada día. Alguien que mata a alguien, la violencia que estalla ante la sorpresa de los de alrededor, que no esperaban algo así en su entorno mortecino. Y si lo leíste en la prensa o lo viste por televisión, es igual, seguro que solo pensaste que Ros era un criminal y aquel sitio en la sierra, un agujero sin importancia, feo y olvidable. Para mí, en cambio, fue algo más cercano. Algo que ni tan siquiera hoy, al revivirlo en mi cabeza y darle una forma lógica que entonces no tenía, alcanzo a comprender del todo. Así que me limito a contarte lo que viví aquellos días, cuando mi madre y yo aún teníamos la casa junto a la chopera, en la sierra, donde el río bajaba sucio.